

TOROS.

DESCRIPCION POETICA.



ТОРОС
ПТСИДИОС ПОПИСА



17041



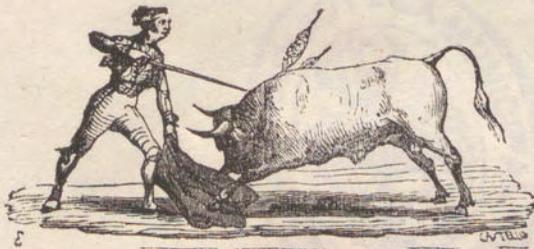
TOROS.

DESCRIPCION

DE ESTE ESPECTÁCULO NACIONAL SEGUN SE CELEBRA EN NUESTROS
DIAS ; PARA LA CUAL SE HA TOMADO POR MOTIVO LA CORRIDA
VERIFICADA EN MURCIA EL 6 DE SETIEMBRE DE 1839.

POR UN GURIOSO

amante de las costumbres populares.



MADRID.

IMPRESA Y ESTABLECIMIENTO DE GRABADO DE LOS SS. GONZALEZ Y CASTELLÓ,

CALLE DE HORTALEZA, N. 89.

1846.

3

TOROS.

Reglamento

DESCRIPCION

El toro que se presenta en el ruedo de Madrid debe ser de raza pura, de color rojo o negro, y de peso no menor de 1200 libras. Debe tener el pelo corto y lustroso, y el cuerno bien desarrollado.

CONDICIONES

El torero debe ser de edad no menor de 18 años, y de estatura no menor de 5 pies 6 pulgadas.



ARTICULO

El Ayuntamiento de Madrid tiene el honor de anunciar a V. S. que el día 1.º de Agosto de 1871 se celebrará en el Real Coliseo de Madrid una corrida de toros.

1871





FRANCISCO MONTES.

AL INSIGNE LIDIADOR

DOS PALABRAS AL LECTOR

FRANCISCO MONTES.

Delicias nostrae, lectores oppido gentis
Externi, et Hebraeorum simul oblectamen avium.
Cymonibus alique Pyraeae sine compare casae.
P. R. G. R. M.



Creemos la pintura del del espectáculo que
inmemorial ha sido objeto de extraordinaria afición y de
uno para los españoles.

Si descripción en los siglos inmediatos al nuestro ha sido
ejemplo de caros plumas, y aun hoy en día se encuentran
yacen con las hembras de sus autores desconocidas para la ge-
neralidad, en ellas se encuentra el más bello resaca
de las costumbres populares un rico tesoro de detalles que
dan a conocer el vivo carácter de nuestros mayores, y la vida

El Autor.

Bella per Hispanos plusquam comunia fines,
Cum sævis hominum tauris certamina nempe,
Delicias nostræ, terrores oppido gentis
Exteræ, et Hesperiaë simul oblectamen avitum,
Gymnadis atque Lyræ gnarus sine compare cano.

FRANC. ORIH.

DOS PALABRAS AL LECTOR.

Ofrecemos la pintura fiel del espectáculo que desde tiempo inmemorial ha sido objeto de extraordinaria afición y de entusiasmo para los españoles.

Su descripción en los siglos inmediatos al nuestro ha sido empleo de curiosas plumas, y aun cuando tales composiciones yacen con los nombres de sus autores desconocidas para la generalidad, en ellas sin embargo encuentra el bibliófilo amante de las costumbres populares un rico tesoro de detalles que le dan á conocer el bravo carácter de nuestros mayores, y la indo-

le de nuestra fiesta, y la fortuna y vicisitudes que ha sufrido en diferentes periodos, así en lo material del combate, como en lo relativo á las formas del espectáculo y pompa de su celebracion.

Y es de estrañar que España, habiendo comprendido en este siglo de reflexion el deber que los hombres tienen de dejarse retratados á la posteridad, como se deja ver por la multitud de artículos de costumbres que diariamente se publican, aun no cuente uno entre su millon de literatos que se haya propuesto hacer la descripcion cabal de un espectáculo que nos hace singulares entre todos los pueblos del mundo.

Hasta tanto que una pluma aventajada tome á su cargo tan divertida tarea, podrá llenar ese vacío la presente obrita. La fiesta, cuya descripcion tiene por objeto, verificábase en la capital de una de las provincias meridionales, cuando marchaba hácia su término la última guerra civil; y sobre ser esto una verdad, no pesará ciertamente á los lectores el que se les ofrezca descrita una de nuestras corridas provinciales, pues ellas de ordinario van amenizadas con muchos y bellos accidentes que dándoles el mayor interés, proporcionan á un tiempo grandes y variados objetos á los pinceles de la poesía. Siendo allí infrecuente el espectáculo, pone en movimiento los lugares de una estensa comarca, y el aspecto de la capital el día de toros, es sumamente agradable por su animacion y la estraordinaria concurrencia. La plaza se viste con el gusto y la grandeza de que es susceptible. El inmenso aflujo de espectadores raro para algunos, para casi todos sorprendente y nuevo; la belleza deslumbradora del lujo tan vario como la fortuna en las clases de la sociedad; la algazara, los chistes y desenvoltura de aquel gentío que se ha reunido sin convocarse, y que se entrega al alborozo comun, jovial y con franqueza sin haberse conocido jamás; la música y las evoluciones del despejo, la presencia de los toreros que andan con

gracia luciendo el traje de vario color y caprichosamente adornado, todos en verdad son objetos que afectan energicamente la imaginacion de tales espectadores. Pero sobre todo, los lances de la lidia, donde sin pensar en el arte, solo ven arrojarse el hombre á grandes peligros, sorteando casi entre sus astas á la fiera, escudándose con el giron de una capa, y salvándose como por encanto de una desgracia que se teme inevitable, todo produce en ellos esa grata y anhelante zozobra, esas emociones de gran contraste que se buscan instintivamente, y que se buscaron sin duda, y nosotros descubrimos al estudiar en su cuna y origen los espectáculos venatorios.

Semejante diversion presenciaba la vez primera de su vida el autor de este opúsculo, cuando tuvo el capricho de describirla, y el de hacer sobre el asunto una poesía tambien la primera; y aun cuando muy luego apareció á sus ojos desnuda de las bellezas que constituyen una buena composicion de su género, hoy sin embargo que la mira con la calma del lector mas desapasionado, encuentra en ella un cuadro de costumbres, que tal vez acojan benignamente los aficionados, y que sin duda buscarán mas adelante los curiosos, cuando ya la mano del tiempo haya dado nuevas formas al espectáculo, y se haga empeño de saber las que le son propias en nuestra edad.

Estas consideraciones han determinado su publicacion á los siete años de compuesta y arrinconada; y enemigo de engañar á nadie, el autor previene se escusen la molestia de hojearla aquellas personas de espíritu estremadamente delicado que yendo trás el vago nombre de *una poesía*, esperen hallar en sus páginas encantos de diction, imágenes sublimes, colorido tierno, y farándula literaria. Aqui no hay mas que *una corrida de toros* descrita, fuera de algunos rasgos locales, como suelen celebrarse las de provincia, cuyas formas difieren casi en nada de las de la

corte, y descrito asimismo lo que suele preceder á tal diversion y los accidentes que contribuyen á hacerla un grande y divertido espectáculo.

En este su primero y agradable ensayo, fué el propósito del autor llenar, cuanto á su alcance estuvo, los oficios dël escritor de costumbres, procurando observar al describir y dar á sus cuadros propiedad y vida; y bajo ese aspecto desearia que la apreciarasen los inteligentes. Como obra de ingenio poético, hay en él sobrada conciencia para persuadirse de que este folleto con razon andará confundido entre las infinitas vagatelas que abruman hoy la literatura de nuestra patria.

Un príncipe proscrito e luego y sangriento
Pretende el trono de ISABEL SEGUNDA
Y con razón las armas fratricidas ostenta
El hispanico cetro se disputan los dos

PROLOGO.

Agítase los pueblos las pasiones osas
Se exaltan declamando alitera pueras
Cuanto encien y ventor, cuantos escarros
Cuantos negros escándalos infamados

Pero Febo, ardiente Fenix
Que de su muerte fecunda,
Rejuvenece luciente
Lo que caduco sepulta,
.....

De los toros que publica
Sangrientas lides anuncia,
Fiesta que solo en España
De bárbara se exceptúa.

Y con razon, que en España
Si el valor de todo triunfa,
Como es cierta la victoria,
La temeridad anula.

TAFALLA.

Truena en los campos el guerrero bronce,
Víctima España de intestina lucha;
Bandos opuestos hierven, y en los campos
Los estandartes de la muerte undulan.

Un príncipe proscrito á fuego y sangre
Pretende el trono de ISABEL SEGUNDA,
Y con teson las armas fratricidas
El hispánico cetro se disputan.

Agítanse los pueblos; las pasiones
Se exaltan declarando abierta pugna.
Cuanto encono y terror, cuantos estragos,
Cuantos negros escándalos injurian

De una nacion el nombre en las contiendas
De cetros y pasiones harto impuras,
Todo su saña destructora ejerce,
Todo contra la España se conjura.

Son contiendas que arruinan los estados,
Rompen familias, amistades turban,
El luto y el terror do quiera esparcen,
Y la florida juventud sepultan.

Las leyes sacrosantas de la guerra
Pisoteadas se ven por planta inmundada
De vandido feroz; venganza, muerte
Vomitán con horror lenguas perjuras;

Asonadas, cadalsos, proscipciones,
Represalias despóticas é injustas;
Siniestro cuadro que al dolor ofrece
Muerte, desolacion, llanto y penuria.

Esto es España; pero España envuelta
En la civil devastadora lucha
Comienza á respirar, viendo aclararse
Esta boria de sangre que la enluta.

Al abrir en los campos de Vergara
La trompeta marcial horrenda pugna,
Rinden sus armas las contrarias huestes,
Sus brazos tienden y la paz ajustan.

Y este abrazo de paz leal y sincero,
Evitando la lid sangrienta y cruda,
Cual iris de política bonanza,
Calma y solaz á la nacion anuncia.

Del príncipe proscrito los parciales
Desiertan sus banderas y se indultan:
De Carlos van cayendo los castillos,
De la Reina ISABEL las armas triunfan.

Alienta la nacion: el genio mismo
Que inspirando la paz y la ventura,
A los campos de Marte un brazo tiende
Y el fuego estingue á las porfiadas luchas,

El otro brazo tiende á las provincias
Que los sabores de la paz disfrutan,
Y á erigir espectáculos suntuosos
Con unánime afan las estimula.

Del lecho del dolor do tantos años
Yaciera España enlutecida y mustia,
Se alza, y sus males templa y se solaza
Con regocijos y con fiestas públicas.

Y afánanse las grandes capitales
Porque luego en su seno se construyan
Plazas de gran primor, do se celebre
Solemne agitacion de bravas furias,

Y do el lujo á la vez su pompa ostente,
Y el pueblo goce á su sabor y holgura.
—De cuantos espectáculos brillantes
Fausto de España en nuestros dias figuran,

Y el gusto desplegando y la elegancia
El blason de la fama se disputan,
El mas bello, lucido y ostentoso
En su grande anfiteatro ofrece Murcia.

Magnífico espectáculo que asombra
La inmensa multitud á quien deslumbran
El lujo y esplendor que de otros siglos,
Y de otros pueblos la grandeza usurpan.



Y el gusto de las fiestas y la alegría
El blason de la fama se disputan
El mas bello lucido y ostentoso
En su grande teatro ofrece Madrid

El asombroso que asombra
Que inmensa multitud á mirar deslumbran
El lujo y esplendor que de otros siglos
Con otros pueblos la grandeza usaban

Del lecho del dolor de tantos años
Yaciera España enlutada y mustia,
Se alza, y sus males templa y se alaza
Con regocijos y con fiestas publicas.

V alfin
Porque las plazas de toros
Plazas de
Solemnitacion de bravos toros



Y de el lujo á la vez su pompa ostenta
Y el pueblo goza á su saber y folgura
— De cuantos espectáculos brillantes
Fiesta de España en nuestros dias figuran

—18—

Y en los ojos de metal en la alta torre
Con de los melancólicos resplandores
Suena en las calles apacible canto
De su melancólico y sus profundos
Y silencio profundo y sus profundos

CUADRO PRIMERO.

—

MURCIA.

Vámonos Juana,
A los Toros de Murcia
Que son mañana.
CANTARCILLO VULGAR.

Murcia al felice natal
Del príncipe, celebró
Por dos días,
Fiestas de Toros, y en tal
Alegria ejecutó
Torerías.

MARTINEZ TALON.

Noche tranquila de apacible estío,
Descansa la ciudad en paz profunda;
Descansa la ciudad, reinando en torno
Silencio, soledad y sombra oscura.

Tres golpes de metal en la alta torre
Con dejo melancólico retumban:
Suena en las calles apagado canto,
Y silencio despues, y paz profunda.

Ora un curioso, cuyo insomnio inquieto,
Y cuyo vago dormir ocupan
Plazas y toros y rumor de gente,
Presa de su aficion la mente ilusa,

Lanzado del delirio al triple golpe
De la torre, á su tálamo renuncia,
A una ventana se endereza, la abre,
Y observa la atencion de quien escucha.

Esperaba las tres; las tres sonaron,
Hora en que la *algarrada* se efectua,
Hora en que las primeras algazaras
El soberbio espectáculo preludian.

Todo es silencio; ni ligero ruido
Del ambiente alterar la paz nocturna
Se nota; pero en pos gritar lejano
Entre ilusion y realidad fluctúa,

Y se pierde en las brisas de la noche,
Cuando el curioso su atencion aguza.
Ojos y boca estiende; hasta la vida
De su organismo entero se acumula

A sus oidos; replegado espera
Que el lánguido gritar se reproduzca;
Pero no se oye nada. A corto rato
Una voz del cantar que se modula

Allá en los retirados pastoreos,
Hiere con melancólica dulzura
El aire, y el curioso mas atento
De que la voz no es falsa se asegura;

Peró enmudece el canto, que las auras
Sin prelude, sin eco, apenas turba.
El restallar de un látigo á un instante
Seco y sin vibracion el viento cruza,

Y á cada ruido el velador curioso
Que todo es realidad con razon juzga,
Y frotando sus palmas placentero,
Bosquejase en su faz sonrisa muda:

Y su loco placer por puntos crece,
Cuando mas y mas clara, mas aguda
La gritería primera toma cuerpo,
Por grado el aura hiende, se atenúa,

Y á la postrera oscilacion se mezcla
El eco obtuso de insonoras zumbas,
Cuyo eco sin vigor de rato en rato
Suená con vibracion vaga y confusa.

Nada ha sido ilusion. Allá en la plaza
Que pisando la márgen del Segura
Con grave majestad, á corto espacio
De la callada poblacion figura

Envuelto entre las sombras de la noche
Mónstruo gigante de espresion adusta,
Prepárase el encierro; algun mujido
De agravio se desprende de las furias

Que vienen á la plaza, cuyo inquieto
Y receloso afan calman sin duda,
Ora el duro chasquir de los zurriagos,
Ora el blando cantar de la pastura.

Y en vano los pastores vigilantes
Tomáran trazas de eludir su fuga
Al nativo redil y pacerero,
A no marchar en torno taciturna

Los zumbones meciendo, de los julos
La escolta soñolienta y pacienzuda.
Entran por fin en el oscuro estadio,
Do rotos grupos de esparcida turba

Que entre tablas y estrellas pernoctando
Por presenciar el lance, ora con bulla
A los toros reciben, y con gritos,
Con gritos destemplados los azuzan.

Es gritar de laringes trasnochadas,
Son voces sin pulmon, que las oscuras
Y húmedas capas del calmado ambiente
Rompiendo, á la ciudad llegan confusas.

La dormida ciudad se despereza;
Un cuidado le impele á que sacuda
El vacilante sueño; en su recinto
Aquel primer rumor débil susurra

Que anuncia una mañana interesante
Y de altas fiestas el afán anuncia.
Se abre aquí una ventana; una vidriera
Cruje allá en un desván; aquí se escuchan

Dos vecinas parleras, que de acuerdo,
Por orillar quehaceres hoy madrugan.
Unos á otros amigos se despiertan
Apedreando balcones, y en patrullas

La alegre juventud va retozando
Entrambos sexos con franqueza lúbrica;
Desempedrando calles y callizos,
Pues por ver el encierro se apresuran.

De ropa asaz livianos muchos mozos
Sienten el gris molesto y se espeluzan
Recruzando sus brazos, mientras otros
En mantas ternejales se arrebujan,

Y las mugeres, cuyo rostro agracia
Lánguida forma dormitante y mustia,
Evitando el frescor de la mañana,
En sendos pañolones se acurrucan.

Y corren á bandadas los muchachos;
Y crece y se difunde por las ruas
El bullicioso ruido, y donde quiera
Rechina de las puertas la herradura.

Y la parte oriental del puro cielo,
Huyendo las estrellas que aun fulguran,
Tibia luz de crepúsculo naciente
Baña en risueña matinal albura.

Y vase desvelando el horizonte;
Y á la aurora esplendente ya saludan
Las altas torres, y de roja lumbre
Vístese el cincelado de sus puntas.

Y el sol y las campanas y las gentes
Despertando entre júbilo, preludian
Gran fiesta popular, día solemne,
Un día en que callando la sañuda

Voz de la guerra cuyos graves males
Al ciudadano por desgracia abruma,
Templado su dolor, libre se entrega
Al olvido, al placer y á la locura.

Un día de la edad caballeresca,
Cuando á los retos y brillantes justas
Cien y cien villas convocó la fama,
Retrata hoy la ciudad; inmensas turbas

De las vecinas poblaciones vienen
Inundando en tropel las anchas rutas.
Anhelando dar fin á su jornada
Antes que el sol en el oriente luzca,

Entre el fragor de los veloces carros
Estrépito, algazara, chiste y zumba,
A la ciudad arriban placenteras
Cuando el disco del sol rojo despunta.

Y aumentando la vida y el estruendo,
Mézclanse á la festiva barahunda
El agrio rechinar de férreas llantas,
Y de las cabalgatas la gran bulla.

Y á gozar de las auras apacibles
De la mañana y de sus luces puras,
Y á ver pasar la gente y los carruages
Que en varia direccion las calles cruzan,

Salen á sus balcones mil bellezas,
Y echándose de pechos, cual desnuda
Muestra gran parte de su blanco seno,
Donde los luengos bucles se derrumban;

Cual al sentir se le descoje un rizo,
Con blanda negligencia lo asegura,
Juguetando en sus párpados el sueño
Que dá viso hechicero á su hermosura.

—Es hoy la capital grande teatro
De escenas divertidas y confusas:
Van los recien llegados presurosos,
Por dar á sus fatigas tregua alguna,

A fondas y cafés, donde mil copas
Cuya sola fragancia el seso ofusca,
Brindando cada cual á su capricho
Entre el estruendo bacanal se apuran.

Las personas mas sóbrias y templadas
Recorren la ciudad; estos se agrupan
A aquella esquina por mirar los precios
Y novedades que el cartel anuncia.

Aquellos entusiastas y curiosos
Márchanse á inspeccionar con ansia suma
La catedral y su afamada torre
Con sus veinte campanas, y otras muchas

Insignes obras, venerables restos
De antigua y asombrosa arquitectura.
Y á marchar al despacho de billetes
Afanosas las gentes se apresuran,

Costando á mas de plata, sufrimiento
Entre ruido, pendencias y estrechura.
—Derrámanse por calles y por plazas
Gentes de toda clase: este columbra

A un conocido antiguo, y aquel punto
Huye por trascantones, pues repugna
El número aumentar de comensales,
Que es de aquellos mezquinos que mas gustan

Hospedados holgarse en mesa agena,
Que á un huesped consagrar un dia de pluma.
Huye por trascantones, y acosado
En su inmune rincon, recela, duda,

Y al taque de la puerta mas remota,
Cree sonar la aldabada de la suya.
Reverso del tacaño otro sugeto
De carácter rasgado se atribula

Por dar grato hospedaje á cien amigos:
De otras amigas casas á la suya
Los conduce, sus piezas les franquea,
Ceremonias lacónicas repudia,

Y bríndales su mesa, pues es hombre
Que ofreciendo banquetes sin mesura,
Ha logrado de espléndido la fama,
Despues de malversar copiosas sumas.

Los huertanos y gente lugareña
De entrambos sexos con risadas bruscas
Y con grosera libertad vagando,
A pelotones la ciudad inundan;

Invaden las tabernas, y fazañas
Refiriendo y anécdotas torunas,
Entre el ruido de vasos y guitarras
De vino y aguardiente se saturan.

Todo es animacion y regocijo:
De este punto y aquel varios se juntan,
Y márchanse extramuros á la feria
Que no fuera jamás tan oportuna.

Allí hay gran variedad, hay alamedas
Cuyo temple convida á que concurren
Personas de buen gusto; hay luengas tiendas
Con dijes de primor y baratura.

Y en la verde esplanada se divisan
Cien piaras de caballos y de mulas,
Corros de compradores y gitanos,
Y allá greyes asnales y boyunas.

Y hay soberbios montones de sandías,
Y bajo de los álamos abundan
Tendejones de fruta y de casajo,
Y hay horchateros que voceando cruzan.

Se reniega y maldice á los chiquillos
Que tocan sin cesar y á toda furia
Chiflos, pitos, guitarras, trompetillas,
Tambores y carracas que aturullan.

Y se ven esparcirse y apiñarse
Redomados muchachos que pululan
En torno de las mesas seductoras
Do se rifan sabrosas confituras.

Vienen acá las gentes que en el circo
Estuvieron gran rato, y donde una
De las fieras acaba de correrse
Con regocijo de la plebe, en cuya

Lidia sin ceremonias se ha probado
Si de ímpetu y coraje son las furias,
Si el andamio flaquea por algun punto,
Y si puertas y valla estan seguras.

—Empieza ya el calor; unos huyendo
A la ciudad, la insolacion escusan;
Y de los que se quedan, los mas parcos
Que el tiempo y el bolsillo commensuran,

Van á extinguir su sed á aquellas mesas
Do se ven entre yerba y flor menuda
Búcaros limpios, trasparentes vasos
Henchidos de agua cristalina y pura;

Mientras otros á aquellos pabellones
De aguas heladas á placer se agrupan,
Y vertiendo rumbadas y proezas
Se sientan, se esparrancan, se desudan,

Y entre el ruido monótono y chillante
De las garapiñeras y barbulla,
Y vasos, cucharillas y azafates,
Sácianse de sorbetes y de espumas.

Vienen mas y mas gentes de la *prueba*
Con rumbo á la ciudad, y vánse muchas
A almorzar á unas próximas barracas
Alzadas entre azarbes y verdura.

Palos sin desbatar, cañas y barro
Dan á sus frontispicios formas rudas,
Aunque sus interiores bien disfrazan
La humilde tosquedad de su estructura.

De sábanas techumbres y paredes
Tapizadas se ven, cuya blancura
Envidiára la nieve, y blanco lino
Allí cubre también las mesas rústicas:

Regado el suelo de agua, que esparciendo
Al aire vapor húmedo, figuran
En un mar de calor, de polvo y ruido,
De paz y refrigerio islas augustas.

A las mesas rurales de ambos sexos
Forasteros é indigenas se juntan,
Y sonriendo cumplidos unos, y otros
Omitiendo el estricto *Ustedes gustan*,

Rompen la agreste lid: pingües tajadas
Con estruendo voraz se desmenuzan
De trisulcos trinchantes y cuchillos
Que agilita las sóbrias dentaduras.

Paladéanse esquisitos fondillones
Que en grandes vasos de cristal espuman,
Adornando el total jarros con agua,
Que en tinajas enormes se depura;

Y el campestre ambigú por fin coronan
Con manos de marfil las mozas pulcras,
Del contiguo parral trayendo en fuentes
Con gotas de rocío crujientes uvas.

Vamos á la ciudad: en su circuito
La vida y el estruendo continúan:
Chócanse los carruages, pues es hora
De que aun la gente por do quiera afluya.

Y á par que un petulante advenedizo
Las plazas va á pasear y esquinas públicas,
A ver si por confluencia algun amigo
Viene y le brinda la morada suya,

De púdica honradez otro adornado
Evita que un amigo le descubra,
Y prendido entre férvidas instancias
A su cama y su mesa le conduzca.

Salvo este inconveniente, los amigos,
Por exigencia racional y justa,
Deben hoy abrazarse y dar un filo
A la franca amistad que los vincula.

Y en efecto lo dan; y en varias casas,
Familias todas de la clase culta,
Se admiten caballeros que presentan
Los que esta urbana libertad disfrutan.

Y antiguas amistades que la ausencia
Enmoheciera y el tiempo, ora se aguzan,
Y trábanse amistosas relaciones
En casuales simpáticas tertulias.

Y en tanto que de cosas de otros tiempos
Conferencian personas ya sesudas,
Suelen almibarados garzoncillos
Del amor engolfarse en las dulzuras.

Y fácil es que una doncella admita
La palabra de amor que se le jura,
Compromiso asaz grave contrayendo,
Que acaso dé una boda por resulta.

No es esto sin embargo lo frecuente;
Pues mas los mozos divertidos gustan
Llevar á sus amigos forasteros
A donde corran bromas y haya holgura:

Casas decentes; pero alegres mozas
Que por su propio genio, ó su fortuna,
O tolerancia de las madres, tratan
A sus amigos con franqueza suma.

En llegando los jóvenes, al punto
Con desenfado y libertad se anuncian:
Entran, y nuestros huéspedes se mezclan,
Y sin empacho la palabra cruzan.

Aquí será difícil que una bella
Viendo asaz ponderada su hermosura,
U oyendo un juramento, no aproxime
Sus ojos á los ojos que la insultan,

O sus oídos á los tiernos lábios
Que palabras de amor dulces pronuncian.
Que en tales dias alegres nunca faltan
Abiertos caracteres que acostumbran

Dar y dejar tomar: así sucede
Que de cuantos mancebos hoy concurren
A nuestra capital, será bien raro
Quien bromeando en visitas, ó en la bulla

De la plaza de toros, ó en los bailes,
O quizá en el apremio y barahunda
De los paseos nocturnos por la feria,
A la loca muchacha presa alguna

No arrebaten sus lábios ó sus dedos;
O bien cuando á su hogar se restituya,
No lleve que contar á sus amigos
Secreta y de sustancia otra aventura.

—Dejemos las visitas: son momentos
En que toda persona aseada y pulcra,
Debe en sus retirados tocadores
Consagrarse al adorno y compostura.

Señoras, caballeros del gran tono
De la sencilla ropa se desnudan,
Y para dar al día mas pompa y brillo,
Ropas de gran valor desembaulan.

Y se aprestan aceites y pomadas,
Cajas, pomos y botes que perfuman:
Pachuly, wetivert, ambar, almizcle
Y ceilan, macasar, serkis y rusia;

Cuanto artificio á la flaqueza humana
Ha alcanzado á prestar la humana industria:
Polvos, leches, jabones, dentelarias,
Cremas, gomas, opiatas y misturas.

Se espone el aparato comatorio;
Brillantes neceseres manipulan
Los mancebos, y en uno ó dos instantes
La barba aliñan, el cabello alustran.

Y en toda la ciudad, y entre el bullicio,
Tópanse los criados y se cruzan,
Trayendo en azafates blanca ropa,
Y piezas de elegante vestidura.

Y sastres, zapateros, peluqueros,
Andan á mal andar, corren y sudan
Anhelando cumplir, aunque este dia
Es imposible que con todos cumplan.

Vanse alistando coches y tartanas:
Aquí almohazan caballos, allá mulas;
Unos á otros quehaceres se interrumpen,
Y los sirvientes díscolos se atufan.

Y atúfense los lindos petimetres,
Y despues de rabetas y premuras,
Se almidonan, se estiran, se engolletan,
Se acicalan, perfilan y retusan.

Es mas grato mirar en sus retretes
El tren de las señoras, manipulan
Estuches elegantes y acerillos
Y riquísimas joyas que relumbran;

Y aljofainas, y esponjas, y tohallas,
Dispuestas á la suave lavadura
De faz, pecho y garganta, resultando
Celestial morvidez, bella tersura.

Allí se dejan ver graciosas formas,
A cuya idea la razon se anubla,
Y por fin de las fámulas grotescas
Záfios puños apremian las cinturas,

Y ya en la capital cubren el bullicio
 Y las calles desiertas pocas cruzan
 Pasa el tiempo arrimado, como garabato
 Ollas exigüas se procuran
 De pompa y aparato y ruido en

La mañana paso; ya el sol ardiente
 En la mitad de su carrera siempre
 Y en paz y sin castigo de gentes
 Del circo se celebra la apertura
 Matizan, que se encuentran y parecida, nozita

Pómulos y mejillas, cuello y frente,



Y a mano los preciosos adarzos
 Que han de lucir en competencia pública

Todo estar es por ver quién esta tarde
 En el circo suntuoso sobrepaja
 En lujo y en belleza; quién alcanza
 La corona robar a otra hermosura.

CUADRO SEGUNDO.

CUADRO SEGUNDO.

EL CIRCO.



Tiene la capital entre sus límites
Monumento de espléndida estructura,
Un puente colosal, cuyos machones,
El Táder baña con sus ondas turbias.

GOBIERNO LOCAL
AYUNTAMIENTO DE MADRID
GUADRO SEGUNDO

EN CARRO
EN CARRO



CUADRO SEGUNDO.

EL CIRCO.

Váse llegando ya la hora y punto
Para el corro de Toros aplazado.
De arena muy menuda está la plaza
Sembrada toda; las barreras puestas
Cerradas de tablados eminentes;
Ventanas y balcones entoldados
Con sedas de colores.

YAGUE.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

N. FERN. MORATIN.

Tiene la capital entre sus timbres,
Monumento de espléndida estructura,
Un puente colosal, cuyos machones,
El Táder baña con sus ondas turbias.

Descendiendo la rampa de este puente,
El ojo observador allí saluda
Una plaza de toros, la faz vieja,
Y silenciosa, desmirriada y súaia.

No es esta ya la plaza que vestida
De lujo y esplendor, otras centurias
Celebrando natales y victorias,
Rió á compás de numerosas turbas;

Y de grana colgados sus balcones,
Y entre el estruendo de marciales músicas,
Y de pompa vestido un pueblo inmenso,
Se entregó delirante á su fortuna.

Hoy desiertos se miran sus rasteles:
Pintado está el dolor en su faz muda,
Y al prudente viador una mirada
Mendiga en sus recuerdos de amargura.

Gruesas hordas de rústicos patanes
La antigua plaza presurosos cruzan,
Su rumbo dirigiendo al nuevo circo
Do esta tarde la fiesta se efectúa.

Y afanosos corriendo la ancha via
Que de álamos orillan largas runflas,
Verde y risueña bóveda formando
Las ramas susurrantes y copudas,

Anhelosos por fin al circo llegan,
Poblado en derredor de chozas rústicas,
Y de moreras, cuyas verdes ramas
Ofrecen al cultor grata frescura.

A su sombra albergados, á esta hora,
Espancidos en ranchos se columbran
Rotos grupos de gentes labradoras,
De aquellas buenas gentes que acostumbran

A comer sin mantel y sin vajilla,
Sentadas sobre céspedes ó juncias,
Y que allí do lo creen mas oportuno
Acampan, desencestan y embaulan.

La hora ansiada llegó; los reales alzan,
Y al coso dirigiéndose, se aunan
Con las masas que llegan, y á las puertas
Con desmedido afan todos se agrupan.

Y cual suele ahocinarse audaz torrente
Entre quiebras angostas y profundas,
Estendiendo despues en ancho cauce
Las ondas espumosas que murmuran,

De tal modo penetran estas masas
A fuerza de sudores y de angustias,
Arrollando tal vez los centinelas
Que en actitud hostil la entrada ocupan ;

Y estendiéndose luego en el gran circo
Colocándose todos con holgura,
Diviértense al mirar cómo vá entrando
En grosero tropel mas gente inculta.

Son por lo regular los que á estas horas
Por entrar en el circo záfios luchan
Holgazanés, huertanas y labriegos
Que van á tales fiestas con premura.

Se advierte cuál se puebla por momentos
El vasto graderío. Solo se escucha
Vocear de tablageros, martillazos,
Y el mujido tal vez de alguna furia.

No cesan de brotar gente y mas gente
 Entrambas portezuelas, que figuran
 Dos grandes y perenes borbotones,
 Que hasta el momento de la lidia duran.

Arida vaguedad reina a estas horas,
 Sordo y vago hablar; vaga gentuza
 Entra, gira y se sienta; aun no se nota
 Un todo regular, forma segura.

Pero crece el bullicio; entran refuerzos,
 Y tanta, tanta gente se acumula
 Sobre un punto á la vez, que su violencia
 Hace que pando el tablamento cruja.

Artesanos, soldados y estudiantes,
 Entrando de antubion, el órden turban;
 Y muchos con afanes y carreras,
 Un puesto abandonando, á otro se mudan,

Ya eludiendo el rigor del sol ardiente,
 Ya porque los amigos importunan,
 Bien porque aquí hay varones y silencio,
 Y allí festivas mozas, risa y bulla.

Auméntase el bullicio, hierve el pueblo;
Hace la muchedumbre que se cubran
Los tostados asientos, y las gentes
Se amontonan, se estrechan y apretujan.

Encalmado el rumor, quieto el concurso,
Recio turbion de gente el circo inunda,
Y en el ancho tendido angosto asiento
Con solícito afan cada cual busca.

Este allá se endereza, do un amigo
Le llama, quien le guarda por fortuna
Un escaso lugar, que le concede
A pesar de blasfemias y estrechuras.

Otros quizás aislados forasteros
Que de amigos carecen y de industria,
Bobos caminan sin hallar asiento
Por mas que se desojen y se aburran.

Y alguno bien audaz, bien candoroso,
A instalarse en un palco se aventura,
Que luego, personándose sus dueños,
Lo desaloja con afrenta suya.

Un pueblo inmenso vocinglero y loco,
Toda la estensa escalinata ocupa,
Mostrando la especial fisonomía
Que un alegre espectáculo preludia:

Movimiento y rumor, revuelta plebe,
Silbos, dicacidad, desenvoltura:
Cada hora, cada escena, á cada lance
Se hunde la plaza en algazara y zumba.

En la puerta aparece un personaje
De pigmea y raquílica estatura,
Rival inofensivo de la moda,
Pues de forma disforme y colmenuda

Un grande sombreron su cráneo agobia
Empapado en esencia de aceitunas,
La copa á medio hundir, lácias las álas;
Pero á cuyo grandor ceden sin duda

Las mangas que las cruces parroquiales
Suelen llevar pendientes: tal figura
En la puerta aparece, cuando un mozo
Que ha fijado en el hombre miniatura,

Con ronco vozarron: « parroquia » grita;
Otro grita: « gavion; » otro: « chalupa; »
Grita un estudianton: « polichinela; »
Por allá otro muchacho le columbra,

Y bloqueando su boca entrambas manos,
Grita con hueca voz: « caricatura. »
Tamaños gritos el concurso alarman,
Y los ojos se chocan y se cruzan

A este punto y al otro dirigiendo
La visual hácia el blanco de la bulla.
Todos dan en el blanco; el improperio
Rápido cunde en la exaltada turba,

Y explotando la silba atronadora
Chillariza infernal do quier retumba:
Péganle un pescozon, rueda el sombrero,
Quedando sin gavion ni caperuza;

Y de una en otra mano vá saltando,
Y saltando vá el dueño, hasta que una
Muger piadosa se lo entrega, brama
Con voz de mosquitillo, huye, se abruma,

Y bajo la magnánima parroquia
Cobijándose á guisa de tortuga,
Y encajándola bien y entrambas álas
Fuertemente afianzando con las uñas,

Viendo ya en salvo su persona, y viendo
De enemigos la almena ya segura,
El estruendo al calmar, jadeando esclama:
«Pues vaya que la gente está de chungá.»

—Largo espacio despues el gran gentío
Queda en silencio y en quietud profunda;
Y aunque algunas escenas incoherentes
En uno que otro punto al fin ocurran,

Ni tan de gusto son, ni tan chocantes
Que el estruendo apagado reproduzcan.
Ningun grito salvaje el viento hiere:
El pueblo está juicioso. Uno calcula

La grande multitud á que la plaza
Puede bastar; el otro refunfuña
Que los rayos del sol abrasadores
No puede resistir, se apesadumbra,

Fulmina imprecaciones tabernarias,
Añade á su favor que á la nocturna
Algarrada asistió, que la mañana
Pasó junto á la plaza, y la resulta

De tanto vigilar fué, ; mal reniego!
Ver la funcion al sol: aquí se abruma,
Sacude fuertemente la cabeza,
Braman sus lábios, y su frente suda.

Allá en aquella banda se divisa
Un pobre vejancon de faz caduca,
Al lado de una jóven pizpireta:
Imbécil vejancon que alegre adula

A su jovial vecina, no acordando,
Como hacerlo debiera el sin cordura,
Que son estemporáneos sus piropos,
Y que se avienen mal con sus arrugas.

Y aunque sabe caerá sobre su nombre
Del círculo vecino la censura,
Resalta en la ladina aquel descaro
Propio tan solo de grosera chusma;

Y sin que estas sandeces le atolondren,
Pues en tales sandeces está ducha,
Ya con descoco audaz, ya con carocas,
El seso al bobo anciano le trabuca.

Hay en la delantera aquella grada,
Del buen humor á la barrera junta,
Gran círculo de mozos matachines,
Gente de manta al hombro, gente dura,

Sabidores de toros y toreros,
Pues cien plazas han visto: uno pregunta
Qué tales son las *reses*; contesta otro
Mostrando ser adicto á conyunturas,

Que no son de las castas mas famosas
Que nuestra España tiene: otro que escucha
Al audaz preopinante, y que en las castas
Mas práctico tal vez propio se juzga,

Alzándose el chapeo con vago enfado,
Y con estilo jándalo le impugna
Con la pública voz y grande fama,
Que nuestros *bichos* en el dia disfrutan,

Pues ya dejaron nombre en otras plazas
Por su estampa, braveza y cornadura.
Chupando su cigarro salta un mozo,
Que para buen *trapío*, toros de Osuna:

Mete otro la cuchara, y otro, y otro,
Y todos á la vez se contrapuntan;
Y Cerralvo, Gaviria, Silva, Angulo,
Y Gomez, y Veragua en la disputa

Juegan, y los jijones y utrereños,
Los de Jarama, Tremedal y Andújar,
Y otras ganaderías, que entre iniciados
Por las de mas estima se reputan.

Todos gritan á un tiempo y se confunden;
Todos tiran las mantas y se injurian;
Y aunque algunos chiquillos y mugeres
Los creen gente de sangre, ellos á una

Plegan sus lábios, y sus mantas plegan:
Gran porcion de cascajo se tritura,
Y afianzando la paz, de mano en mano
Va una morena bota puntiaguda.

Allá en aquel andamio dos parlantes
Del literario mundo confabulan,
Si los Toros acaso es fiesta propia,
O impropia acaso de naciones cultas.

Uno afirma tenaz que es degradante,
Y en razones fortísimas se funda,
Añadiendo además que en ello sufre
Un perjuicio real la agricultura :

Rebate el otro paladinamente
Diciendo lo contrario , que redunda
En su favor, y á su asercion aduce
Pruebas ineluctables y difusas ;

Que es funcion que no amengua nuestra patria,
Pues, bien considerada, no repugna
A una edad floreciente, en que culminan
El gusto y el saber.—Aquí le impugna

El del contra, objetando que es oficio
De la bellaca gente.—Tal refuta
El del pro, asegurando sin rebozo
Que es mentira soez, servil calumnia :

Que los mas decantados adalides,
Que en los fastos históricos figuran,
Lidieron con los bravos, y vencieron
A caballo y á pie en soberbias juntas ;

Que tal fué su ascendiente, que las reales
Bodas, coronaciones, las augustas
Nacionales victorias celebraron
Con las lides de toros, y que nunca

Tal arte fué servil, pues vió España
Señorearse en la arábica cultura;
Pero que esta costumbre, como todas,
Volteando á placer de la fortuna,

Cayó en manos del pueblo, pues las cosas
Que del tiempo en las álas inseguras
Se encumbraron ayer, hace el destino
Que en polvo miserable hoy se confundan.

Breve resquicio el adversario encuentra,
Pues anda perspicaz; de nuevo funda
Su malparado tema en los abusos
Que él así llama, y como tales juzga.

—« ¿Quién tolera impasible, quién tolera
Sino un tauromaniaco tanta chusma,
El brusco apretujon, el gas hediondo,
Agrias reyecciones nauseabundas

»De trasnochada cena, de indigestos
Garbanzos y avellanas, vino y frutas,
El vapor asqueroso del tabaco,
Y otras fragilidades tan inmundas,

»Que aunque de bronce las narices fueran
Apremiáran en fétida tortura?
;Elegante espectáculo! ¿quién sufre,
Quién tolera por fin esta gentuza,

»Esta infernal ginebra, amontonados
El magistrado, la ramera pública,
La señora de rango, el ruin gifero,
Y un pueblo sobre todo que rebuzna?

»Muchedumbre soez que desgarrando
Licenciosa, inmoral, su lengua ruda,
Al desórden se entrega, se desborda,
Y el bárbaro gritar de inmensas turbas

»Atolondra los tímpanos, y hace
Que el sensato filósofo se aturda,
Que contemple á su patria con desprecio
Y se afrente y deplore su incultura.»

Oyendo la tronada el buen torista
Un leve gesto de sonrisa y burla
Su semblante ha fijado, y ahora estalla
En carcajadas que al contrario insultan.

Con fria sangre y con donoso acento
Esclama:—« ¡vive Dios, que la pintura
Es exacta: ¿si lo es? ni en *Pan y toros*
Se encuentra mas cabal: ¿quién pone duda?

»Pero en esto de abusos..... (pase el nombre)
Ignórase tal vez que por fortuna
Si place la funcion, es porque placen
Los contras que con rabia se le imputan.

»Que en los Toros, se diz, no hay etiqueta;
Que altas y bajas clases andan juntas:
Pues esta alegre confusion de rangos
Es cabalmente lo que aquí se busca.

»Que aquí la gente es frágil, vaya en gracia:
Tambien lo es fuera; que se bebe y fuma;
Pues este, este vapor denso y picante
Es cabalmente lo que aquí se busca.

»Si esto no se buscára, en otras partes
Hay bien distintos cuadros, y sin duda
Tiene la variedad tales encantos,
Y tanto su aguijon nos estimula,

»Que el alma á veces por variar de escenas
Llevar se deja. Cuando ver nos gusta
Compungida reunion de fachas sérias,
Suspirantes, lloronas, taciturnas,

»Vamos á las iglesias en los dias
Que predicán sermones, donde asustan
Y al pecador mas estirado encogen
Sentencias de las santas escrituras.

»Si apetece, por variar de cuadros,
Festiva concurrencia, urbana y culta,
Dirigimos el paso á los salones
De buena sociedad, donde se escuchan

»Aplausos ya á una hermosa que ha cantado,
Ya á un poeta que acaba la lectura
De su oda propia; diversion en donde
Ambiente perfumado se disfruta,

»Y el suave susurrar del galanteo
Calienta el alma delicada, en cuya
Concurrencia escogida reinan siempre
La etiqueta social y la finura.

»Si otra reunion se quiere y ya mas libre,
Vamos á los teatros, do se juntan
Todas las clases; do se ve la plebe
Haciendo con frecuencia de las suyas

»Y do suelen tambien los elegantes
La etiqueta olvidando y la finura,
(El drecho se compró) dar récias silbas
Y entregarse al desórden y á la bulla.

»Si mas gente se quiere, y esta gente
En grado mas subido de soltura,
Vamos á las campestres romerías
A que asiste la plebe cortezuda;

»Donde la gente derramada en ranchos
Sobre el fresco verdor de la llanura,
Comen, beben, se acuestan, cantan, bailan,
Van y vienen, se esparcen y se agrupan;

» Y el que tiene calor se quita ropa,
Quien saludar no quiere no saluda,
Nadie critica á nadie, y todos huelgan
Sin cumplimiento ó ceremonia alguna.

» Mas si se quiere muchedumbre inmensa
En el mas alto grado de soltura,
Venimos á los Toros, á los Toros
De desgarró y licencia el non plus ultra.

» Pero esta á otras funciones aventaja,
Pues aunque mucha gente á otras afluya,
A veces el placer vaga sin centro,
Pierde en intensidad y se atenúa.

» No así en la nuestra diversion, en donde
Cuanta mas y mas gente á ella concurra,
Tanto mas fácil la asimila, haciendo
De infinitas personas solo una.

» Pasado este preludeo de la fiesta,
Llegada la hora de agitar las furias,
Habrá de espectacion un centro y foco;
Los mas críticos lances de la pugna

»Afectarán con impresion estraña
El ardiente cerebro de las turbas,
Y harán que á grandes y ondularios golpes
El inmenso entusiasmo se sacuda.

—«Y á esto llaman gozar,» replica el otro:
«¡Raro capricho! ¡singular locura!
¡Gozar con la licencia y el desgarrro!
¿El alma racional cuánto mas gusta

»De orden, juicio, silencio y armonía?
¿No dan al corazon paz y dulzura?
¿No esparcen grata calma en los sentidos?
Sobre todo este ruido y barahunda

»Tiene un objeto infame: ¿á qué se viene?
A ver la mas atroz bárbara lucha;
A ver cómo combaten bruto y hombre,
O dos brutos mas bien; combate cuya

»Terrible idea del peligro, hace
Que el sensato filósofo se aturda,
Que contemple á su patria con desprecio,
Y se afrente y deplore su incultura.»

Ya dos veces, *filósofo sensato*,
Esto choca al torista, calla y rumia
La grave palabrilla, por lo bajo,
« ¡ *El sensato filósofo!* » murmura,

Y torna á murmurar, y de repente
Dando fuego á su voz, como de justa
Indignacion herido, ametrallando
Al contrario, la palma le disputa.

Ahora, lector amable, ten presente
Que el que va á defenderse á toda furia,
Antes ha hablado con burlona calma,
Generosa y espléndida frescura.

Esto, amable lector, nos acredita
Que en llegar la cuestion á cierta altura,
Picado ya el orgullo, en sus despiques
La lengua truena, y la razon se nubla.

Razones, vaciedades todo junto
Brotan los lábios con vehemencia brusca,
Con acre estilo y descortés, aun cuando
El mas frívolo asunto se discuta.

Quien pelea es el orgullo, ¡ pobres hombres!
En esa congestión que los ofusca,
De las razones se pretende el triunfo;
No es ya el de la razón el que se busca.

A las veces también vemos que el hombre,
Cuando su gusto y su opinión se adunan,
Mientras sea en su favor, todo argumento
Por contundente y lógico reputa.

Así, lector amigo, si la fiesta
Aprueba tu dictámen y te gusta,
Cuanto vas á escuchar, tal vez razones
Juzgues irrefragables y oportunas,

Y amarás tu opinión; mas si los Toros
Por tema y sentimiento te repugnan,
Cuanto vas á escuchar, tal vez sandeces
Y vaciedades creas inoportunas,

Y amarás tu opinión, pues eres hombre
Y humanas afecciones son las tuyas:
Mas pongamos silencio á nuestros labios,
Que está hablando el torista: escucha, escucha.

—«¿Luego es en consecuencia un insensato
Quien los circos sostiene y los escuda
Del mordaz depresor? ¿luego insensata
Fué, dándose lugar á la absoluta,

»La romana nacion, la gente mora,
Insensatos los hombres de altas cunas,
Insensata la edad caballeresca,
Insensatos mil héroes que figuran

»En la española historia? ¿es insensato
El unánime impulso, la robusta
Tendencia popular? ¿son insensatas
Las nobles razas, sucesion augusta

»De tantas reinas, de monarcas tantos,
Que á mas de proteger con leyes justas
Nuestros circos, las lidias presenciaron
Con gloria de sus pueblos y honra suya?

»¿Tambien será insensato el claro gremio
De insignes vates, cuyas altas plumas
Con feliz entusiasmo celebraron
Nuestra fiesta y los lances de la pugna?

» ¿Luego el genio español es insensato?
¡ Bárbara aberracion, atroz y absurda!
España pide Toros, Toros quiere
Esta nacion civilizada y culta,

» Porque es su privativo pasatiempo;
Porque halaga su ardor y travesura;
Porque le ha dispensado en privilegio
Naturaleza intrepidez y astucia;

» Porque es de índole brava, y son mas bravos
Los toros que sus dehesas apasturan.
Abre circos España, y no le es dado
Torcer su afan innato, porque gusta

» De peligros y triunfos, porque es fiesta
Magnífica y social; porque se incrustra
Indeleble en la huella de los siglos,
Sin que sienta contrastes de fortuna.

» Porque es gigante busto que sentado
En el camino de la historia, triunfa
Del tiempo destructor, á cuyo giro
La faz de los imperios se demuda,

» Se proscriben las leyes, caen los tronos,
Los grandes monumentos se derrumban,
Los bellos espectáculos se pierden,
Se gastan las costumbres y caducan.

» *Toros*, pueblos sensatos, esta sea
Intrépido español la letra tuya.
A ese imbécil filósofo desprecia;
Desoye con nobleza sus injurias,

» Que un pueblo es mas filósofo que un hombre,
Y ante los hechos las teorías se ofuscan.
Sigue con tu desórden y algazara,
En tu loco alborozo continúa.

» Orden, juicio, silencio y armonía
En la vida normal valen sin duda;
¿Mas qué son en verdad, cuando en el hombre
Sin breve tregua sempiternos duran?

» Tedio el silencio, indiferencia el órden,
El juicio sándio, la armonía insulsa.
Y si al gritar una hora en tantos años
¡Oh pueblo! ese misántropo te insulta,

»Siga tu estruendo sin temer que el orden
Ni la armonía se pierdan; pues natura
Esa madre comun á cuyos brazos
Hoy arrojarte á tu placer procuras,

»Huyendo de las leyes que opresoras
Tus ojos vendan y tu lengua anudan,
Mil ejemplos te dá: muge en los mares,
En nubes y huracanes trueno y zumba.

»¿Y porque el trueno y huracan asorden,
Se hinchen los mares y sus ondas rujan,
Perdió su orden el mundo y su armonía?
¿Y el filósofo quiere en su locura

»Que hoy comprimas tu voz? ¿qué es el silencio?
Lutos y noche, soledad y tumbas.
La vida es el estruendo, los estruendos
El alma exaltan, regocijo anuncian.

»Los dias solemnes de suntuosas fiestas
Que el breve espacio de la vida endulzan,
Cívicas, religiosas y marciales
Con ruido se celebran; las impulsan

»Músicas, grandes salvas, campaneos,
Tambores y trompetas, y confusas
Algazaras del pueblo que despiertan
En almas nobles emociones puras.

»¿Y ha de ser, miserable concurrencia,
Que cansada de errar por taciturnas
Y lúgubres aldeas, que solo esconden
Tristes afanes, existencia adusta,

»Este día que se brinda á tu alborozo,
Permanezcas inerte, opaca y muda?
¿Dónde está la espresion del entusiasmo?
¿Para cuándo guardais, gente sesuda,

»Esas lenguas y fauces y pulmones?
Ruido, ruido y estruendo, estruendo y bulla:
Grita, pueblo sensato, trueno, trueno,
Y tus truenos mil tímpanos destruyan.»

—Aquí un avenidor echa el montante,
Y con gravilocuencia cachazuda
Advierte á los opuestos partidarios,
Que es en tal ocasion inoportuna

La agitada polémica: que hay Toros;
Que, si á algun caviloso le disgustan,
Las puertas de la plaza estan abiertas;
Que se vaya á la calle y disimula

Con esto su aversion. Es despreciada
Del intruso hablador tanta lisura;
Mas, depuesto el teson en esta tregua,
Viendo tan favorable coyuntura

El del pro, con un tono persuasivo,
Con aquel tono propio de quien triunfa,
Y luego reconviene dócilmente
A quien sin replicar dócil escucha,

Con seductor acento así concluye:
—« El sensato filósofo es sin duda
Aquel que, espectador del universo,
Cree cuanto mira en él obra de una

»Misteriosa y sublime providencia,
Cuya suprema voluntad regula
El mundo eterno y sus eternas leyes;
Bajo cuyo poder é influencia suma

» Marchan mostrando sus distintas fases
El hado, el siglo, el genio y la cultura :
Y siempre espectador, y mudo siempre
Al perpétuo cambiar de la fortuna,

» Historiando costumbres y sucesos ,
Sin tomar interés ni parte alguna,
Nada sublima con delirio ardiente,
Nada deprime con mordaz censura.»

Dá un resalto el contrario, se prepara ;
De nuevo se exacerbán en la pugna,
Hasta que al fin la discusión arrolla
Un grito general, « ¡ al de la turca ! ! »

Al de la turca , dicen , ¿ qué hay de nuevo ?
¿ Quién promueve en la plaza tanta zumba ?
¿ Quién hace que en la calma y el silencio
El concurso en estrépito prorrumpe ?

Es un vil pillastron desarrapado,
Y de vida estragada y vagabunda,
Que la arena desierta penetrando
A pesar del estrépito y la bulla,

Ya pega un tropezon en tierra llana,
Ya anda y desanda describiendo curvas.
Muestra el brutal al pueblo su irrisoria
Gastro-báquica faz y rubicunda,

Y el vago sin aplomo de su frente
Dice con muda voz, que de la Curra
Visita las tinajas mustulentas
Que cotidianas su garguero azumbran.

Del medio de la plaza el vinolento
Confusamente la algazara escucha,
Contestando al concurso con groseras
Contorsiones é impúdicas figuras,

Que, aunque los mozos rien, la gente rancia
De inmorales y torpes las gradúan.
Tamaño sin pudor y desacato
De mil prudentes la paciencia apuran:

Asaltan el palenque, y de varazos
Descargando sobre él espesa lluvia,
Al rudo desenfreno oponen valla
Del mísero felon, quien á la fuga

Apela en su catástrofe, y la plaza
Bamboleando traspone con presura.
Torna la calma, y renaciendo el órden,
Ora se advierte en las tranquilas turbas

Rumoroso silencio; pero en breve
Cual celeste vision la puerta ocupa
Una jóven gallarda, y viendo el circo
Tanta marcialidad, tanta hermosura,

De mil gargantas el ambiente rompe
Una fuerte esplosion: « ¡bien por la chula! »
Como suele relámpago brillante
El cielo iluminar en noche oscura,

Y al punto mismo en el etéreo espacio
El trueno desprenderse que retumba,
Tal al dejarse ver súbitamente
La divina zagala que deslumbra

Al mudo espectador, al punto mismo
El trueno se desprende de las turbas,
Prolongándose aquello de « ¡salada! »
Y « ¡bravo! ¡viva! ¡bien! ¡bien por la chula! »

Con ágil planta la zagala trepa
Entre gratas lisonjas que le endulzan,
Ostentando en su garbo, cara y talle,
El español gracejo y donosura.

En sus lábios destella alma sonrisa,
Animando su tez rosada y pura,
Cuyo brillo nativo no envidiára
Al barniz de cosméticas misturas.

Del ancho terciopelo guarnecida
Lleva suelta mantilla que fluctúa
Sobre la hermosa espalda, acariciando
Con blando azote la gentil cintura.

Allí fulminan los celestes ojos;
Las mejillas allí de tez purpúrea;
La despejada y apacible frente
Sobre la cual, para escelencia suma,

Entre flores se ven y peinas de oro,
Nudadas con primor las trenzas rubias.
Graciosa agita la flotante falda
Que con sedas floreó maestrada aguja,

Y en su pecho á la vez bordada en oro
Blanca batista lleva, do se ocultan
Las hechiceras formas palpitantes
Que los ojos del cínico subyugan.

Es un tipo bellissimo esta moza
De aquellas lindas mozas y robustas,
Que entre los morerales que tapizan
Las anchurosas huertas del Segura,

Viven en blanda paz; las que afamadas
Por su gracia, esbelteza y su frescura,
De toda España sus encomios oyen
Que en cántigas vulgares se tributan.

Despójase el andamio por do trepa
Sin que nadie á la bella el paso obstruya,
Y, entre el grato rocío de flores tantas,
Al lado placentera se sitúa

De aquellos ternes majos jaquetones
Que á pocos ruegos el planton empuñan,
Los que al punto le brindan generosos
El dulce moscatel, cascajo y frutas.

—Entran nuevas cuadrillas en la plaza
Que el concurso aborrascan y perturban,
Y todos el terreno escatimando,
Se confunden, acezan y se angustian.

Un sonoro rumor desprende el pueblo:
Agobia la borneada entabladura
Inquieta multitud, donde descuellan
Aquellos grupos de la plebe inculta,

Que en toda edad, en las naciones todas,
Y todos espectáculos preludian
Con acres chistes, punjitivas chanzas,
Que á veces paran en contiendas rudas.

Mas encalma el bullicio, hace tres horas
Que en la plaza fermenta la gran turba,
Y es justo que á la grita y al desgarró
El juicio y el silencio sustituyan,

Pero viene á la angosta portezuela
Un garzon de romántica figura,
De pálida color, hosco el semblante,
Bipartido el cabello, á quien alustra

Gomosa bandolina; dos mechones,
Derrumbándose lánguidos, ocultan
Las míseras orejas, que abjurando
Al bullicio del mundo, se sepultan.

Medio jaque y romántico el mancebo
Se cree en la situacion mas oportuna
De lucir sus primores estudiados:
Dá una afiligranada chupadura

A un habano que lleva por mas gracia
Del índice y cordial en la juntura;
Casi entero le arroja; saca y mira
Un crujiente reloj; aunque no suda,

Tirando de un pañuelo perfumado,
Con tono y majestad la frente enjuga
Quitándose el sombrero; pulcramente
Esponja el pelo, y la perilla atusa;

Se cubre, y con los guantes jugueteando
Como distraído con la mano zurda,
Con la otra saca un lente, eclipsa un ojo
Con cierta afectadilla guiñadura,

Y mira con el otro las catervas,
O del lente mas bien mira la luna.
A él tambien el concurso está mirando :
Despierta la atencion tanta pintura,

Y rompiendo los diques la prudencia,
Se desata la gente boquirrubia,
Soltando entre el silbar estos dicterios :
« Mantellina » « gorrón » « cigüeña » « pluma. »

Hace frente á la grita el mentecato :
Una risa maligna gesticula ;
Coloca en forma de asa el brazo izquierdo ,
Rollando el cordoncillo de la luna

De la diestra en el índice; á su cráneo
Dá un movimiento trémulo, y murmura,
Pintando en su semblante el menosprecio :
« Pueblo rudo y soez, canalla inmunda; »

Y la espalda veloz vuelve, y penetra
La bovedilla de la entrada oscura,
Serpeando el cuerpecillo doblegable,
Vibrando la cabeza melenuda.

Cual pródromo feliz, nuestro mancebo
Aspecto mas brillante al circo anuncia,
Pues los palcos muy luego van llenando
Lucidos grupos de la clase culta.

Y percíbese el ruido de veloces
Carruajes de gran lujo, que en la ruta
Rechinan, aturdiendo los collares
De alindados caballos y de mulas.

Ha olvidado esta tarde la alta gente
Su salon, su festin y su cultura,
Y al instinto español obedeciendo,
A confundirse corre con la turba.

Mas si el pueblo se agolpa á los tendidos
A mirar los toreros y las furias,
Viene á ser en sus palcos la alta gente
Del pueblo espectadora y de la pugna;

Y á mas de ver los Toros, es su objeto
Pasar la tarde en popular tertulia,
Ser cada cual espectador de todos,
Espuesta la elegancia á la luz pública.

Al borde de la estensa galería
Van llegando las damas; se columbran
Despues de arregazarse en sus asientos,
Y con sonrisa amable se saludan.

Por allá un paquetito y una bella
Se ven de palco á palco, él le tributa
Una arqueada cortés, y ella contesta
Del plegado abanico con la punta.

Y brindanse á la vez de rato en rato,
Segun la ley romántica, profundas
Y lánguidas miradas misteriosas:
Que si él es filigrana, ella es azucar.

Y grita sin piedad desde un andamio
Un fuerte vozarron: « ¡viva la Curra! »
Y el silencio del circo despertando,
Bulle la multitud, rompe la bulla.

Es la Curra una insigne tabernera,
De media edad, rechoncha y cachetuda,
Que si tarde concurre, es porque tarde
Su quehacer y tinajas desocupa:

Al escuchar la salva, su mantilla
Echa atrás y en la espalda se le arruga.
Puesta en jarras, veloz dá una girada
Y haciendo un besamanos á la turca,

Escapa y columbrando en la otra banda
A un beodo, y el beodo á ella, se saludan
Con gritos desgarrados y estentóreos,
Que si él es hotentote, ella es palurda.

Aquel franquéase el paso á pisotones,
Mientras vá la escotada cogotuda,
Con un gran pericon abanicando
La bañada en sudor roja pechuga.

—Un porton de improviso ábrese y entra
En sendos carros prolongadas cubas
Cuya presencia alegre; unos patanes
Desde lo alto rigiendo van las mulas,

Y las mangas de cuero sacudiendo
Con incesantes impulsiones bruscas,
Otros rocían la caliente arena,
Por el aire esparciendo la frescura.

Todo anuncia la lid; se inquieta el pueblo,
Y entre el murmullo de su afán, se escucha
El vocear de los que venden pastas,
Cascajo y abanicos, agua y frutas.

Un gran golpe de vista el circo ofrece,
Donde con blando movimiento emulan
Tendidas mil umbrelas de colores
Pensil oreado de ligeras cúpulas;

Y los ojos alzando de esta zona,
Do la plebe en silencio y paz figura
Risueña agitacion de mansas olas,
Que apacibles besándose murmuran,

Fatígase la vista recorriendo
Los palcos elegantes que se encumbran
Con vistoso damasco encortinados,
Do en variados matices sobrepujan

Borlas, festones y rizadas franjas
Que orillan la undulante colgadura.
Allí rie el placer, allí resaltan
Ricas de pompa y elegancia suma

Las bellas de limítrofes provincias
Mezcladas con las bellas del Segura,
Ostentando sus trajes suntuosos
Que dan májico viso á su hermosura:

El tocado mostrándose desnudo
Y el cuello de marfil, llevan algunas
De diversos colores leves schales
Que espalda y blanco pecho les circundan.

Y ayudando á su brillo y consistencia
Gomas de suave olor que los alustran,
Descienden destrenzados aladares
Que la mórbida faz en parte ocultan.

Sortijadas trencillas llevan otras
Que las mejillas vírgenes dibujan;
Y otras en fin, entre caprichos varios
Que á su forma adecuados siempre estudian,

Sus caras hermosísimas ofrecen
Entre tules que cándidos undulan,
Y trémulas sortijas empapadas
En esencias que el céfiro perfuman.

Llevan ricos topacios y diamantes,
Y ajorcas y pendientes que fulguran,
Torzalillos que cercan sus gargantas,
Cadenas de oro que sus pechos cruzan;

Y ceñidas sus frentes con diademas,
Sobre el bello prendido mil figuras
De tórtolas, abejas, mariposas
Y de raro primor flores menudas

Vibran claros destellos de colores,
Rielando sobre trémulas agujas.
Todo es gracia y placer, coquetería
Emociones de amor, risas de púrpura:

Espléndido conjunto que arrebató,
Mezcla de arte y capricho que deslumbra
A todo espectador que en este punto
Al circo llega, quien absorto juzga

Ver de ángeles bandadas apacibles
Que abandonando las regiones puras,
Vuelan á coronar el anfiteatro,
Y sobre aéreas cornisas se columpian.

La plaza está en su lleno: el Presidente
Del alto mirador su asiento ocupa,
Y obsérvase en la estensa gradería
Dócil urbanidad, templanza muda.

A tan bella ocasion llega á la plaza
El eco blando de lejana música,
Y alegre y estruendosa vocería
Estalla de improviso; y ya las muchas

Personas que en la plaza estan paseando,
Unas despacio, y otras con premura,
Yendo á ocupar su reservado asiento,
El estadio anchuroso desocupan.

Y vida, regocijo y movimiento
Se pinta en los semblantes; ya se escuchan
De cerca los compases estruendosos,
Y el ruido de tambores que retumba.

Abrese la gran puerta, hora felice
Que el afan acrecienta de la turba,
Y de tiesos soldados y de gala
Al compás de los parches y la música,

A paso redoblado entra el piquete
Uniformes en traje y fornituras.
En el centro de la área un grupo forman,
Oscilando las armas que relumbran,

Y al son de los marciales instrumentos
Desgajándose el grupo, mil figuras
De rara evolucion airosos forman,
Que vistosas el ámbito dibujan.

De nuevo tornan á apiñarse al centro;
Y como hace en la plácida laguna
Lanzada piedrezuela que se forme
Una oleada en redor, y crezca y cunda,

Movido de repente el denso grupo
A un nuevo golpe de brillante música,
Del centro parten y á compás marchando
Los ródios todos de la plaza ocupan;

Y la ola de colores crece y cunde
Hasta que llena la mayor anchura.
Tocan la estensa valla: un nuevo golpe
De tan bello ejercicio el fin anuncia:

Se desordenan, el pretíl cabalgan,
Y en la contrabarrera se sitúan
En actitud marcial, listas las armas,
Por si el órden del circo se perturba.



CUADRO TERCERO.

CUADRO TERCERO.

LA LIDIA.

Allí la plera de brecaño llama
Porque está agarrada de
Una de sus torcedoras
Se andan sus torcedoras pasando.
Paseo un buda.

Después del galán paco
Es que le visto en gala,
Los toros entre el zoro
Y el riesgo de su pujanza.

ROMANCA MEXICANA.

Celebrado el día go, ofrece el cuadro
En su conjunto variedad confusata
Voces, gestos, y risas y colores
Mézclanse en la gran zona que circunda

Movido de repente el denso grupo
A un nuevo golpe de brillante música,
Del centro parten y á compás marchando
Los radios todos de la plaza ocupan;

Y la ola de colores crece y cunde
Hasta que llena la mayor anchura.

Se desordenan, el pretil cabalgan,
Y en la contrabarrera se sitúan
La actitud en las armas,
Por si el orden del grupo se perturba.



CUADRO TERCERO.

LA LIDIA.

Allí la plaza de brocado llena
La fiesta y regocijo está aguardando,
Y sobre el campo de menuda arena
Se andan los toreadores paseando.

PEDRO DE SERNA.

Después del galán paseo
En que fué vista su gala,
Los toros salen al coso
Y al riesgo de su pujanza.

ROMANCE MORISCO.

Celebrado el despejo, ofrece el cuadro
En su conjunto variedad confusa:
Voces, gestos, y risas y colores
Mézelanse en la gran zona que circunda

El anfiteatro entero: anima el cuadro
El armónico estruendo de la música,
Cuyos ecos dulcísimos se espacian
Y en las nubes fugaces se columpian.

Los sentidos se exaltan: por el circo
Como un fuego fantástico circula,
Y arde en la sangre del concurso un estro
Que á un objeto común la mente impulsa.

A olvidar á la patria y á las leyes,
Las armas olvidar y la penuria;
Delirar entre amor, pompa y grandeza;
Entregarse al gran cuadro que le ocupa.

En medio de este eléctrico entusiasmo
A que la multitud ya se acostumbra,
Realízase un pregon que aunque no se oye,
Prescribe el orden bajo cierta multa.

Terminado el pregon, entre el gran ruido
De sonoro metal voces se escuchan,
Remedando el compás del pregonero,
Los graciosos truhanes de la chusma.

Con silbos, palmoteos, risotadas
Son celebrados, y al calmar la bulla,
Se abre de par en par una gran puerta
Del concurso á solaz, y abriendo ruta

Un esbirro á caballo con su vara,
Y su antigua española vestidura,
Penetra la comparsa lidiadora
Con alta gravedad y compostura,

En pos los picadores sus caballos
Rigiendo airosos con destreza suma.
Llegan bajo el balcon del Presidente,
Y con rostro jovial, gracia y mesura,

Hacen á su Merced la reverencia;
Y al inmenso gentío que les circunda
Examinan, en tanto que la plaza
General alborozo gesticula.

Y á todo su correr tres mulas entran
Con hermosos jaeces, lindas mulas,
Que lucen banderolas, mantillejas,
Campanillas y borlas penachudas.

Y los mozos que apuestos las conducen,
Con ademan cortés tambien saludan
Al Presidente, y de la plaza en torno
Dan corriendo una vuelta y luego fugan.

Rápido el picador sobresaliente
Aléjase del circo, mas procura
Aprestados tener con diligencia
Caballos y precisas montaduras,

Por si otro torador muere en la plaza,
O sale malparado de la pugna.
—Al mirar tanta pompa en el concurso
Entre el plácido estruendo de la música;

Al ver los lidiadores, tanto objeto
En el cuadro brillante se acumula,
Que los ojos cerrando y un recuerdo
Emitiendo á otra edad, la mente ilusa

Se sueña allá en los pasos y torneos,
Do el suspiro tal vez de una hermosura,
Unico premio fué por quien probaron
Cien y cien paladines su bravura.

Cien y cien paladines, cuya sangre
Bañó corriendo en crujidora lucha
La arena del amor, do tantos frentes
Coronó de las armas la fortuna.

Mas ¡ay! en vano fuera que esta tarde
Luciesen en la plaza tantas plumas,
Comitivas, adargas, paramentos,
Y de acero bruñidas armaduras.

No es igual el combate, ni las armas
Iguales han de ser en esta pugna.
Por tanto los ginetes van desnudos
De férreo lorigon y malla dura,

Y desnudos tambien van los caballos
De gualdrapas, testera y flocaduras,
Y solo un casco llevan desguarnido
De telliz, de girel y barda ruda.

Apréstanse á la accion ambos ginetes:
Cada cual una pica enorme empuña,
Una pica de rejo puntiagudo
Que fiada á la fuerte y rebolluda

Mano del picador, no la guarnecen
Ristre, arandela, recaton ni cuja.
En todo hay sencillez, y en sus progresos
La tauromaquia sencillez procura.

Lucir pudieran galas; no es que obligue
A omitir rica pompa la penuria
Que sucede á una guerra; es que esta tarde
A varearse en la lid van bravas furias

Que ignorando las leyes de la esgrima,
Fuera factible que en la liza brusca
Mil muertes alcanzáran enredando
Un jaez adornado con sus puntas.

Puestos en su lugar los picadores
Sosiegan sus caballos; se aseguran
En estribos y arzon, y tanto chocan
Por su gigante mole á quien abultan

Resguardos interiores encubiertos
Bajo ropas de piel que les ajustan,
Que parecen mas bien que dos personas,
Dos fantasmas vestidos de gamuza.

Próximos al porton do estan los bravos,
Aguardan el momento de la lucha;
Mientras guapos, con gracia y contoneo
Doce actores de á pié la arena cruzan;

Doce actores gallardos de presencia,
Bizarros mozos de gentil figura,
De estos mozos que escupen al soslayo,
Que llueven zetas y á lo jaque fuman;

De estos mozos de rumbo y de bravata,
De ternejal talante, gente cruda.
Hacen risueño el campo allí ostentando
La graciosa y ligera vestidura

Que ciñe sus contornos; lindo traje
De estofa de colores do fulguran
Galones de oro y plata, redecilla,
Recamos y bellotas que deslumbran.

Toman sus posiciones, y entre todos
Los toreros gozando la conducta
O bien la direccion, uno resalta
Por su ropa brillante y su garbura.

Montes á cuyo nombre y alta fama
Que ha dado ameno asunto á insignes plumas,
De los Cándidos, Hillos y Romeros
Los taurómacos nombres se deslustran;

Montes cuya presencia aliento infunde
A todas sus cuadrillas bien seguras
De que presta en los lances de mas riesgo
Su salvadora mano pronta ayuda;

Montes por fin, en cuyo arrojo y arte
Su honor y gloria nuestros circos fundan,
Allí en la plaza está, bravo ostentando
Su marcial continente y apostura.

Toman sus posiciones, y aumentando
Mas bellezas del circo á la pintura,
De sus brazos se miran desplegadas
Anchas giras caer, moradas unas,

Otras de azul, y de pajizo y rosa;
Y el numeroso pueblo se atribula,
Latiéndole la sangre, pues los sones
De un agudo clarín la lidia anuncian.

Desde el alto balcon del Presidente
Una llave se arroja que procura
Coger el alguacil, y al torilero
La entrega, y huye entre la risa y zumba.

Se abre el recio porton, y suelto y libre
Cual si escapára de silvestre gruta,
Rápido sale el montaraz tremendo
Levantando la trompa mujibunda:

Vé el próximo fantasma, se embravece,
Dá un impetuoso arranque, recio amurca,
E hincándose la vara al brusco embate,
Un violento rechazo hace que sufra.

Al segundo se afronta, se embravece,
Dá un impetuoso arranque, recio amurca,
E hincándose la vara al brusco embate,
Un violento rechazo hace que sufra.

Huye el toro, burlada su pujanza,
A carrera veloz, sin que le aturdan
El silbar y los gritos; y los mōzos
Que con gracejo audaz le escaramuzan,

Su furor evitando, á la barrera
Corriendo á salto limpio se refugian.
—Los dos irritadores hácia el toro
Van á ofrecerle suertes; pero nunca

La valla desamparan: el primero
Enfrente de la fiera se sitúa,
Sesga un tanto el corcel, tercia la pica,
Contra el bulto abalánzase la furia,

Haciendo del ginete la pujanza
Que al recio encuentro el montaraz resurta.
Con tanto acierto el picador segundo
Ejecuta á su vez suerte segunda.

Aplauden las catervas; pero se oyen
Resaltar en un punto voces muchas,
Levantadas las caras hácia el cielo:
Un papel, un papel causa la bulla,

Que volando en opuestas direcciones,
De mil curiosos la impaciencia burla.
En la página errante fijan todos,
Y todos por cogerle se atribulan

Con anheloso afan; pero uno solo,
Y lo debe á su elástica estatura,
Zarpa la hoja volante, y estos versos
Que trazó de antemano mano inculta,

Y que motín de hormigas y de arañas,
Por sus trazos cuadrúpedos figura,
Dando mil trompicones, lee en voz alta
Que el círculo vecino atento escucha.

¿Onde eztan Coztiyarez
Hiyo y Romero,
Que han zio la zal y grasia
De loz toreroz?
Dígalo Ronda,
Y díganlo de Ezpaña
Las plazas toaz.

Anda á loz medioz zo guaja:
Ahí ze diñan loz piquetez:
Rompe el morriyo á eza alhaja,
Y hoy le regalo á tu maja
Un selemín de frasquetez.

No queremos cuadriyaz
Que ze anden muertaz,
Cuando el bicho ze aploma
En zus *querencias*.

Aquí no vamo
A pintar la cigüeña
Con loz *engaños*.

Zo maulon, ezo vá frío:
El toriyo ya está en facha.
Ahí tienez un buen *trapío*,
Arrízcate; ¡ay! poco brío;
Mucho rumbo, poca lacha.

Ez valiente aquel chulo
Que *al toro entero*,
Ze viene con el viaje
Por zu terreno.

Zeña ez de gala,
Zi á la rez con el trapo
Traztea y empapa.

Na ze perdiera valdío,
Que con toico eze canguelo
Te almagrára eze bravío,
Poniéndote en un metío
Por telaraña en el sielo.

Envainar y golletez,
Y atravesaos,
A loz diestroz zupone
Poco amaeztraoz.
Pero zon chulaz
Laz eztocadaz *altaz*
Por la *herraúra*.

Chirúmen.... mandria, anda vivo;
Arrímate á eze *chiquero*:
Zi pierdez zilla y eztribo,
No te sampez al *olivo*,
Nájate po el *arrastraero*.

No queremos al toro
Boyante blando,
Tampoco que ze *sierna*
Ni *crezca al palo*.
Solo queremos
Que el bicho *recargando*,
Ze *cuele zuelto*.

Vamoz, hijo, una mojá,
Un floreo pide el noviyo.
¿Pa qué quiere, camará,
Llevar en eze gatiyo,
Eza diviza encarná?

Zi no arranca de largo,
O al palo sede,
Náica vale; yo quiero
Que llegue ziempre.
Zi á bezar llega,
Haz que el potro ze agarre
Bien á la tierra.

¿Qué aguardaz, desmazalao?
Haz ahí una xametría:
Te entra el muermo, ezgalichao,
Y tóico te hases fasquía,
Por no matar el ganao.

Zi remata en el bulto
Bueno ez el toro,
Tambien lo ez embrocando,
Zi ez sobre corto.
Y no lo ez menoz,
Zi ez, rematao el viaje,
Zeco metiendo.

El rezponzo aquí ze paga
Zi eza cabra te enjariña.
¿Que eze bicho te empalaga?
Fuera de la ley, bazquiña,
Que para ezo te ze paga.

¿Onde estan Coztiyarez,
Hiyo y Romero,
Que han zio la zal y grasia
De loz toreros?
Dígalo Ronda,
Y díganlo de Ezpaña
Laz plazas toaz.

«*Laus Deo*» grita el lector. Ya terminada
De la rima toresca la lectura,
De mano en mano vá, de ojos en ojos,
Y al tiempo mismo que el papel circula,

Este repite un verso, aquel lo canta,
Y de una en otra boca se divulgan.
—El primer picador junto al tablero
Ha dado un buen puyazo con fortuna.

Prepara suerte el picador segundo
Guarecido al pretil; ágil, astuta
La cuadrilla despliega los capotes
Para traer al terreno de la lucha

Al toro; empero el toro receloso
A los capotes y al bridon renuncia.
Instálase en el centro de la plaza,
Y lleno de volcánica bravura,

Sañoso, entumeciendo los gañotes,
Brama arrojando lentorosa bruma:
Abre lid al contrario en su terreno;
Derrota sin cesar; con las pezuñas,

En muestra del furor que le destroza,
Rompe la tierra y olfateando bufa.
Se arroja el toreador marchando al centro;
Pero Montes precave que es de suma

Contingencia la suerte á que se arroja,
Pudiendo suceder por desventura
Inevitable azar, riesgo de muerte;
E impide en el instante su cordura

Que se trabe contienda, así evitando
Que sus negros pronósticos se cumplan.
Mándale retirar, y á los peones
Los capotes batir por vez segunda;

Más terca y obstinada se resiste
El centro á abandonar la fiera astuta,
Y es fuerza no haya suerte, si en el centro
Con peligro mortal no se ejecuta.

« *Zo maulon* » grita un mozo del tendido;
« *A los medios, zo guaja* » un bruto ahulla;
« *Entrate y que te mate* » grazna un beodo;
« *Para eso te se paga* » otro rebuzna.

Este es el dia del pueblo. A resolverse
Vá en el centro la lid: llama la furia,
Y el arrogante agitador marchando,
Cala el roblizo garrochon y apunta:

Al entrarle el feroz le clava el rejo,
Y el peso de su atlántica estatura
Carga sobre la diestra, en cuyo dorso
Las masas musculares se pronuncian.

Con hercúlea pujanza le contiene,
Y la fiera al sentir la picadura
Del sangriento aguijon, con negro encono
Su furor redoblando forcejada,

Pierde las manos; el troton las pierde,
Y ambos enarmonados se disputan
Su tremendo poder; el buen ginete
Sostiene con el palo de la puya

El peso de los brutos; los compadres
Están en torno para dar ayuda
Si la suerte fracasa, y todos forman
Un grupo de interés, bella pintura.

Pero encórvase el palo, no resiste
El poder de los brutos que rempujan,
Y termina imprevisto el lance, haciéndose
El grueso varejon rajadas menudas.

El diestro picador tira un bridazo;
Saca limpio el corcél: con doble furia
Corre el toro la plaza rebramando,
Y nuevo objeto en que vengarse busca.

Al punto de finir la airosa suerte,
« Linda vara » una voz hueca pronuncia,
Y bravos y palmadas estruendosas
El aire hienden, y el ardor aguzan.

El primer picador para la suerte
A su caballo anima, quien rehusa
La rienda obedecer, brinca, se inquieta,
Y huyendo del feroz, la lid repugna.

Torna á brincar, é indócil retrocede;
Tascando en su inquietud la embocadura:
El toreador se irrita, é impaciente
Precaviendo un azar, con mano dura

Y duro empeño al rebelon sofrena;
Pero él desarrendado á la llanura
Lánzase, al viento la erizada cola
Derramando, y las crines vedijudas.

Aunque en la equitacion es adiestrado
El picador, en la arrancada ruda
Casi pierde la silla y los estribos:
Como una exhalacion que el viento cruza,

Pasa cerca del toro, este le embiste,
Y dando un recio topeton le empuja.
El mal apercebido caballero
Pretende armarse, mas su afan se frustra,

Pues cayendo el caballo, al tiempo mismo
Con la pica empuñada cae de bruzas,
Chocando de la valla en los tablones,
Con un golpe de trueno que retumba.

Suelta la plaza un grito: los peones
Las capas desplegando ante la furia,
Del bulto la divierten, y por tierra
Removiendo la mole asaz contusa,

Levántase el ginete, y arrastrando
La doble y malparada forradura,
A remontar se marcha; y el caballo
Alzándose á seguir su ciega fuga,

Dispárase, y cubiertos ambos ojos
Volando de la valla en derechura,
Dase contra la valla un recio golpe
Que su garganta desvencija y trunca.

Un chulo aquí le coge, y por las riendas
Le saca de la plaza.—Suerte busca
El picador segundo, vá hácia el toro;
Pero él temiendo el aguijon, procura

Un costado tomar ó bien la espalda,
Por tener la victoria mas segura.
Montes mide el terreno, le prepara
La lid con precauciones oportunas,

Desplegando sagaz sábios ardidés
Que el negro intento de la fiera eludan.
Y en esta situacion, yendo el ginete
El caballo á trocar, mas iracunda

Sobresalta la fiera y en el pecho
Del mísero troton la asta sepulta;
Viene á tierra el troton, salta la vara;
Pero el hundido picador con una

Mano le arranca el lazo al bravo toro
Con aplausos del pueblo; se apresuran
Las capas á tender los cuadrilleros;
Pero él desesperado sin hartura

Acribilla al caballo; al punto Montes
Con denuedo gentil coge la puya,
Y al picador salvando, frente á frente
Clávasela al feroz y le repulsa.

« *Bravo, bravo* » en el ámbito resuena,
Y de alta aclamacion gritos diluvian.
Y el ginete que á no ir encorazado
Con los dobles aforros de gamuza,

No quedara contento, del caballo
Que con su masa enorme le atortuja,
Y de acciones, estribos y rendaje
Se desenreda sin lesion alguna,

Y vase á remontar: dueña del campo
Queda un instante la orgullosa furia,
Y la bestia infeliz que en tierra yace
Y con las ansias de la muerte lucha,

A un insólito esfuerzo se levanta:
El ancho coso mide moribunda,
En su curso tortuoso serpeando
Roja línea de sangre, se extenúa

El resto de su vida; ya sus fuerzas
Se agotaron; las piernas inseguras
Sin equilibrio en desatiento vagan;
Ora se abren de mas, ora se cruzan,

Hasta que al fin exánime, la muerte
Le derriba por tierra, do le inunda
Negro lago de sangre que humeando
Brotá á torrentes de la herida cruda.

De allá el toro le vé batirse en tierra:
Y con astas, con dientes y pazuñas
Se arroja á devorarle; más su olfato
Inspecciona la víctima convulsa;

Impotente la encuentra; empero ansiando
Dar cima á su venganza, mas sañuda
De otro lado le acuesta, y al dejarle
Con ligera cornada le saluda.

En actitud desafiante mira
La puerta de la plaza; el aire asusta
Con un mugido atroz, como anhelando
Que sus contrarios á la arena acudan.

Hace allí alarde de sus lindas formas:
Ni es mezquina, ni enorme su estatura;
Negra y luciente piel, secas sus piernas,
Movibles las orejas y velludas,

Vivos los ojos, prolongada cola,
Breve, corta y redonda la pezuña,
Las articulaciones pronunciadas,
Igual, pequeña y fuerte cornadura.

Brama con rabia la cerviz blandiendo;
La cerviz por debajo campanuda,
Y encima listoneada con la sangre
Que vierten arrastrando las cisuras.

—La puerta se abre. El picador primero
Con la vara fornida en la membruda
Mano, sobre un caballo poderoso
El ancho circo galopando cruza.

Y sobre otro corcel tan arrogante
De enarcada cerviz, de piel cerbuna
Que entra escarceando en la barreada arena,
Vá el picador segundo. Capotuda

La bestia vé el primero que se apresta
Tendiéndole la vara; con bravura
Acomete, y cebándose en el bulto
Clávase el hierro con violencia brusca.

Listo el incitador cárgale el palo,
Y sintiendo la acerba picadura,
Suelta el bruto un resuello estrepitoso
Y de la suerte rebramando fuga.

El segundo caballo que entretanto
Ha estado sin curarse de la lucha,
Luciendo remesones y corvetas
Con despejado garbo y galanura,

Al toro dá la espalda: el caballero
La rienda mueve sin violencia mucha,
Y al punto mismo el parador revuelto
En guisa de combate se situa.

Quiere combate el arrabiado toro:
Se arroja con violenta embestidura,
No es ágil el jinete, y el salvaje,
Con gran rechifla de la plaza triunfa.

Dando un tremendo bote se hunde el bulto,
Haciendo, ¡miserable! su postura
Que al estruendoso choque de las tablas,
Los atlánticos hombros se contundan.

Lánzase la familia protectora,
Y del riesgo librando al sin ventura,
Alejan de allí al toro; del corraeage
Zafan al desdichado, y con su ayuda

Del campo se retira, y muestra al pueblo
Con su sonrisa pálida y difunta,
Que aun queda corazon, que hay cataplasmas
Y que no son mortales sus fracturas.

Levántase el caballo, y como nave
Desmantelada, y sin timon, sin brújula
Que al furor de los vientos, sino se hunde,
Al fin se estrella contra rocas duras,

Suelto corre la plaza, y destinado
Con el toro encontrándose, la furia
Con ímpetu violento le rechaza,
Con ímpetu violento le trastumba.

Sobre un troton de despejadas formas
La vista ensortijada, la piel bruna,
Penetra el picador sobresaliente
Apuesto y de marcial corporatura.

De su buen compañero el descabro
Le ha compelido á que sus veces supla,
Diciéndole su azar que mas despierto
Y avisado en la liza se conduzca.

Frente al toro, tendida la garrocha,
Intrépido se planta; este se enfuria,
Y al nuevo lidiador acometiendo,
Una vara le toma con fortuna.

Le cita á nueva suerte, éntrase el toro,
Hace un remate falso, y asegunda
Al corcel derrocando y al ginete,
Y el resto allí de su furor consuma.

Mas del grupo le sacan los capotes:
Y al creer el picador no son de mucha
Gravedad las heridas del caballo,
Ambos repuestos, el arzon ocupa.

Y corriendo el perímetro, entretanto
Que el primer picador listo ejecuta
Lucidísimas suertes, conociendo
Que los alientos del troton se apuran,

Por no besar la arena nuevamente,
Piernas mete á la bestia moribunda,
Y á fuerza de gritar y de espoladas,
Logra al fin trasponer la cercadura.

Pero rápido torna, recelando
Que á pavor su tardanza se atribuya,
Y en vez de presentarse á la barrera
Con lozana y gentil cabalgadura,

Un rengo matalote entra en la plaza
Acoceando y trotando sin medida;
De rala piel forrado su esqueleto,
Cual fatídica momia caballuna,

Deseoso de morir, harto penado
De sufrir luengas dietas y quejuras.
Risada general despierta el rucio;
Se suele exasperar persona alguna

Por tan solemne befa, y hay bufones
Que disparando su mordaz facundia,
Zahieren á la empresa lucradora
Con jocosos requiebros y agrias pullas.

Ya empieza el rucio á alfar, ya á tirar coces:
Y sobre el casco del arzon fluctua
El buen cabalgador, pisa el caballo
Mal terreno, y por mas que le aturullan

Los gritos, sofrenadas y espolazos,
No hay medio de que al lance le reduzcan.
Dá la espalda al feroz, ¡revés tremendo!
El toro vá á invadir contra la grupa:

Ceja, la tierra escarba, toma campo,
Se arroja, y sin temer la coceadura,
Ni á la punzante vara que el ginete
Sobre las nalgas del rocin le apunta,

Dale un alcance fiero, en él se encona,
Y al punto que con ímpetu le tumba,
Rómpele la babilla y los ijares,
Y el endeble armazon le descoyunta.

Del arzon saltan rotas las tejuelas;
En silbos se desata la gran turba;
En riesgo está el bridon; corren los chulos;
Huye del bulto el toro; por ventura

El doble femural y espinilleras
Han guardado al ginete, quien procura
Del rucio cadavérico zafarse,
Cuyos huesos salientes le magullan.

Traspone la tranquera, y entretanto
Que suertes de buen éxito y seguras
El picador primero desempeña
Con altos bravos que su orgullo adulan,

Cabalga el picador sobresaliente
Una yegua gentil, casta andaluza,
Para ofrecerse altivo en la palestra
Vindicando su crédito en la lucha,

Y evitar los insultos de la plebe;
Que aunque á ellos se avezó, prudente escusa
No exponerse por lucro de la empresa,
A mas de la rechilla y mofadura,

A un fracaso de muerte. Altos relinchos
Lanza entrando la yegua; grave empuña
El picador la vara y ante el toro
Con audaz continente se situa.

Le cita, entra, combaten, y en las sajas
Recientes embotándose la puya,
Un quejido salvaje arroja el bruto
Desahogando el dolor de la hincadura.

Huye del lance destroncado el toro,
Y por dar breve tregua á su tortura,
Ya el ámbito recorre presuroso,
Ya á paso lento la *querencia* busca.

Tambien los lidiadores fatigados,
Por dar á la contienda tregua alguna,
Se cosen al pretil, no hacen llamadas,
Respiran, se reponen y desudan.

Y la turba impaciente del tendido
A quien la tregua y lenidad disgusta,
Rompe, arrecia la grita, y aun dispara
Mezcladas con baldon chanzas agudas.

El toro se despeja; los ginetes
Despéjanse tambien, ambos á una
Provocan á la fiera, esta acomete
A entrambos picadores que se juntan

En un centro comun, á entrambos topa,
Entrambos se defienden con las puyas:
Tres brutos, dos ginetes, doce peones
Se apiñan, se confunden y ejecutan

Por un lance casual vistosa folla:
Desátanse por fin, dánse á la fuga
Chulos, toro, caballos, y en un punto
Todos su antigua posicion ocupan.

Rompe un estrepitoso palmoteo,
Rompe de bravos arreciada lluvia,
Y mil y mil pañuelos de colores
El lance celebrando al aire undulan.

El primer picador, ya recobrados
Los sus arzones que perdió en la fuga,
Los aplausos del circo enardeciendo
Su sangre, se decide á nueva pugna.

Uno, dos y tres pasos frente al toro
Adelanta el troton; mas él rehusa
De nuevo acometer, pues aun le irritan
Los rudos hotes de la férrea punta.

Hácia el centro colérico receja,
Rociando el ancho lomo de menuda
Arena, y con la frente desafía
Al caballo y al bulto de gamuza.

Una sonora voz, «entra» le dice:
«Entra» repite; receloso duda
El picador, mientras la plaza absorta
Contempla el aparato taciturna.

Mas la idea de que tal vacilamiento
A femenil deshecha se le aluda,
Y la confianza de que allí está Montes,
Al inminente trance le estimulan:

Con noble intrepidez al centro acude,
Y la fiera le mira irresoluta;
Mas negra comezon tenaz le inquieta,
Y al ver que tan de cerca se le insulta,

No puede reprimir su ardiente rabia,
Y embiste resoplando corajuda.
Mas ¡ay! que del bridon tanto desnudo,
¡Infortunio fatal! se pierde y frustra.

Se acelera en la suerte; el toro carga;
Y al dar en vago la ligera punta,
Al vendado alazan del suelo alzando,
Entrambas astas en su vientre oculta.

Caen caballo y jinete; los peones
Hacia el grupo se lanzan con presura,
Mientras ruido confuso el viento puebla
De silbos, de palmadas y gran bulla.

Mas al ver con horror que el negro monstruo
Cual carnívoro leon que desmenuza
La sorprendida presa, despreciando
Las listas de colores que confusas

Los toreros le agitan, al caballo
Destroza con sus astas puntiagudas,
Súbito rompe clamoroso estruendo
El conmovido circo, y mas de una

Sensible dama horrorizada torna
A otro lado su vista, y en su angustia
Palidece, y apenas alentando
En su bella garganta el ¡ay! se anuda.

Mientras nefandos y feroces grupos,
Almas de hierro, de menguada cuna
Que de sangre y estragos se alimentan
Y en tales espectáculos abundan,

Celebran el azar, y al miserable
Con carcajadas bárbaras insultan.
Mas se ensaña el feroz; en sus despojos
Aun sus bruscos embates ejecuta,

Y el malhadado picador vencido
Al fuste se cobija que le escuda;
Pero sin saber como, en la refriega,
Del caballo y arzon se desajunta:

Él quisiera escapar; mas sus defensas
Pesadas y estorbosas dificultan
La feliz evasion, y en tanto aprieto
La pica apresta á la defensa suya.

Muerto yace el caballo; el bravo toro
La víctima abandona, y en su furia
Viendo al aguijador armado en tierra,
Contra él asesta las humeantes puntas.

Unísona espresion suelta el concurso
De lástima y terror: «¡aaay!!» algunas
Gentes el desenlace atentas miran;
Otras se desalientan y se inmutan,

Y el movimiento universal predice
Término aciago de matanza cruda.
En la liza está Montes: nadie tema;
Montes está en la liza: con prontura

A la escena se lanza; coje al toro
Con desenfado por la cola hirsuta,
Y aunque el bruto amenaza fulminante
Que el mundo es poco á su pujanza y furia,

El diestro está tranquilo, y despreciando
Su sacudir violento y coces rudas,
Le hace medir la arena reculando
Cual si un cordero fuera á quien sojuzga

La mano del zagal: hácia su frente
Echa la capa, y gran rato le burla
Haciéndole girar en torno suyo,
Mientras bravos sin fin se le tributan.

Y viendo el vareador lejano el riesgo,
Se levanta apoyándose en la puya,
Del estadio partiendo perezoso,
Para en breve ocupar nuevas monturas.

Montes al bruto suelta, y suelto el bruto
Se revuelve y sañoso el bulto busca;
Pero el bulto marchando sosegado,
Pues de tales furores no se cura,

Aléjase del toro que jadeando
Clavadas tiene en tierra las pezuñas,
Cual si fuerza interior, irresistible
Su rabia encadenara y su bravura.

Vése al entrar el picador primero
Con la diestra blandir la asta robusta,
Y entrambos hacen cites á la fiera
Que desbravada la contienda escusa.

Los dos al centro acuden; huye el toro:
Le siguen los caballos, y es de suma
Lindeza al toro ver y acosadores,
Que á carrera veloz el campo sulcan.

Suena luego un clarin, los vareadores
Listos al escuchar su voz aguda,
Levantadas las picas, al tablero
Se enderezan aislados de la lucha.

A las suertes de capa y banderillas
Ha avisado el clarín; con más premura
Sin dar tregua á la lid, los cuadrilleros
En el empeño de los lances turnan.

Sin gira ni capote, á cuerpo limpio,
Distintos puntos de la plaza ocupan,
La almohadilla del toro acribillando
Con rizas banderillas que le agujan.

A pares se las hinca el propio bruto
A la misma violencia con que amurca,
Y corre empenachado el cerbiguillo
Con gruesos haces de rizadas plumas:

Brinca, muje y rebrinca, los punzantes
Rehiletes le exasperan y discrucian,
Los cuales se remecen y no saltan
Por más que rebramando los sacuda.

Con fuerza fatigosa inspira el bruto;
Baja al suelo la trompa mugibunda
Abatido, colgando de su boca
El grueso lengüeton lleno de espuma.

Y se oye la explosión de varias lenguas
Luciendo la toril nomenclatura:

« *Pié firme* » « *vuela pies* » « *pecho* » « *cuarteo* »
« *Al sesgo* » « *media vuelta* » « *el non plus ultra.* »

Un capeador en actitud graciosa
Ante el feroz con gentileza suma
Se cuadra desplegando el capotillo,
Y con él le hace cites y le insulta:

Acomete la fiera, y el torero
Hace un quiebro ligero de cintura,
Burlando al toro que se enmienda, y hace
Con resultado igual suerte segunda.

—Otro torero al desplegar su capa,
« *Toro, toro* » gritando, al toro azuza;
Embiste, y al huir veloz el diestro,
Alcánzale la capa y la rasguña

—Le provoca otro chulo frente á frente,
y al romper la veloz embestidura,
Huye el chulo, y flameándole la capa
Quiebra su rapidez, su empeño hurta.

—Plegado el capotillo sobre un brazo,
Le llama otro peon; pronto la furia
Acomete, le alcanza, con una asta
Haciéndole al calzon leve arpadura.

Tirando capotazos y voceando
En redor los compadres le aturullan;
Revuélvese veloz; persigue á estotro,
Y al recio avance con la morra empuja;

Pero él mas ágil y veloz que el viento,
Triunfando en la carrera por fortuna,
Lánzase á la barrera, y el bravío
El asta esgrime y con furor rebufa.

En todas estas suertes las catervas
Bravos y bravos sin cesar diluvian;
Y el bruto miserable y sin querencia,
Desbravado al tablero se refugia.

Por detrás del pretil, con gran recato
A desacorrallar van á la furia;
Le hincan sendos arpones en las nalgas
Que algun secreto artificio ocultan.

Escapa, y desplegándose á torrentes,
Le adornan con vistosa galanura
Amarillos, y verdes y encarnados
Gallardetes que trémulos susurran.

« Verónica » « navarra » « tijerilla »
Gritan atolondrando voces muchas;
Y « al costado » « á lo chatre » « el bú » « un galleo »
Y otras que usa además la arte toruna.

Montes al punto con airosa planta
Al toro se dirige en derecha,
Y cuadrándose ante él á corto trecho,
Cual mago invulnerable desarruga

Su capa, á nueva lidia provocando:
Embiste el monstruo con feroz bravura;
Y el laso tafetan sobre él girando,
Su bárbaro furor y encuentro burla.

A un esguince veloz el toro pasa,
El circo yace en atención profunda;
Torna á embestir el toro; pero Montes
Solo al endeble tafetan se amura.

Estúpido atisbando al hombre estatua,
No parece sino que Montes usa
Del mágico amuleto que confiere
El sublime poder de encantar furias.

El lance terminado, á paso lento
Diríjese al palenque, mientras duda
La fiera si lo que anda es cuerpo ó sombra
Que de su saña y su despecho triunfa.

Disípase el asombro, y entre tanto
Que en voz baja estos loores se pronuncian:
«¡Buen arte!» «¡gran despejo!» «¡linda suerte!»
Y otros y otros se vierten y circulan

Por un comun instinto, las catervas
De éxito tan feliz se congratulan,
Y el júbilo en los lábios rebosando,
Los ambientes de plácemes inundan.

Montes de gratitud solo impulsado,
Sin dar de vanidad muestra ninguna,
Los vivos acogiendo y los aplausos,
Atento á las catervas resaluda.

Toma sin dilacion una garrocha,
Vá al centro de la plaza, allí asegura
En tierra la birola; cita al toro,
Embiste, y al llegar, con mas soltura

Apoyado en la vara, cima el bruto
Un salto atrevidísimo ejecuta:
Cae limpio por la cola; el toro vuelve;
Repite la sobervia embestidura,

Y Montes repitiendo el mismo lance,
Arranca dobles vivas á las turbas:
Persiguele la fiera; pero el diestro
Con un juguete de su capa triunfa.

El pueblo palmotea: hasta en los palcos
No desdeñan las tiernas hermosuras
De brindar sus aplausos, y entre todos
Los risueños semblantes mas ceñuda

Se distingue una cara en la ancha zona,
Grave revelacion de una alma adusta:
Ni un gesto, ni una voz, ni una palmada
Ha trazado en la lid, y su figura

Cuadra con la de aquel que en la otra banda
Sumido yace en abstracción profunda.
Es un grave filósofo el primero,
Que aunque al coso solícito concurre,

Nada de extraño tiene, pues su objeto
Es (su maligno ceño bien lo enuncia)
Espiar las costumbres que á su voto,
Oscurecen de España la cultura.

Hombre de entrañas é impasibles ojos
Que á todo muestra indiferencia suma;
Que bien lance mortal al pueblo asuste,
O á vítores sin fin la plaza se hunda,

No sabe conmoverse, y vé tranquilo
El desastre alternar con la fortuna,
Como el espectador que de un neorama
Recorre sosegado las figuras.

El segundo es un loco, un anticuario
De genio melancólico, y á cuya
Alma jamás llegaron los placeres
De alegres fiestas ni le exaltan nunca.

Presa de su pasión el entusiasta,
La algazara maldice de la turba,
Y hundido de su mente en los abismos,
Cruzando edades, y salvando tumbas,

Un cuadro semejante al que presencia
En los repliegues de la historia busca;
Y tal vez ríe, porque á Grecia ó Roma
En nuestros circos nuestra edad trasunta.

Se arroja al frenesí de lance en lance
De la bárbara plebe el alma ruda;
Y á par que crece en riesgos el palenque,
Se aborrasca el cerebro de las turbas.

Y la plebe ansía lances que violentos
Volcanicen su báquica locura;
Y gritando cien bocas desgarradas
« Al testuz, al testuz » el viento turban.

De peligro de muerte un árduo lance
A Montes se le exige; se divulga
Que es de inminente riesgo, si el acaso
Al término dichoso no coadyuva.

Entero el anfiteatro se consterna:
Tiñe siniestra en la afanosa angustia
El rostro del concurso la amarilla,
La estática espresion de la pavora.

Montes cita á la lid, la fiera embiste:
Se encuentran, y humillando cerviguda,
Fija un pié entre las astas, y de un salto
Vence la inmensa mole de la furia.

Cae limpio por la cola; vuelve el toro,
Y doblando su cólera sañuda,
Furente le persigue; pero Montes
Rauda á la talanquera se refugia.

Vése burlado el toro, y derrotando
Las tablas apitona, y aun algunas
Trizas hace saltar: desennudece
El pueblo; se depone la pavora;

Torna la sangre al rostro; en altos vivas
Rompe la multitud, se congratula,
Anhelando además que todas suertes
Con tan próspero evento se concluyan.

La suerte fué de azar ; ah ! que si Montes
La hiciera en otros siglos, sin disputa
Creyeran que volaba sobre el toro
Envuelto en el conjuro de una bruja.

Peró hoy el *desarrollo de las luces*
Hace que al ver su arrojo y su bravura,
A la índole estudiada de los brutos,
Y á su sábia estrategia se atribuyan.

Muchos anhelan se repita el lance:
Y la bellaca, la soez gentuza
Con voces destempladas y beodas
« Otra » « otra » « al testuz » grita importuna.

Son bárbaras demandas; y un sensato
De humanos sentimientos las reputa
Por demasías groseras, añadiendo
Que han solido costar caras algunas,

Que allá en su juventud vió en cierta plaza
A un decantado lidiador de mucha
Esperiencia y valor, que de un torazo
La altiva frente holló; que en gran barbulla

Los pérfidos villanos le exigieron
El lance ejecutar por vez segunda;
Que se opuso el torero penetrando
Del bruto la intencion; que recia lluvia

De improperios cayó sobre su nombre,
Y queriendo eludir tamaña injuria,
Víctima de su orgullo el malogrado
Condescendiendo á la exigencia ruda,

A las astas voló tras su recobro,
Y el último alarido de las turbas
Apenas percibió, pues aquel punto
Fué sangriento despojo de la tumba.

No empero Montes arrastrar se deja
Del torrente de insultos que le aullan
Cien bocas con furor desenfrenadas,
Que con toscos apodos le intitulan:

Con su nombre adargado, y con su fama
El ébrio estruendo indiferente escucha,
Que es acertado asaz en estos lances
El arrojo templar con la cordura.

Crece la grita, y el segundo espada
Por calmar los caprichos de la turba,
Decídese á ensayar la misma suerte
Aunque Montes sus planes no secunda.

Ya la plaza se eriza de peligros;
La faz del anfiteatro se demuda,
Y adviértese el siniestro moviento
Que una aciaga catástrofe preludia.

El sorteador se arroja; cita al toro,
Corre, y al encontrarse con la furia,
No hace la humillacion que él esperaba,
Y el lance pierde, y su intencion se frustra.

Cae entre los cuernos de la negra bestia,
De la bestia que arrolla corajuda
Al hombre, que en tan bárbaro conflicto
Se afianza y se suspende de las puntas.

Ayes, gritos, y vértigos, desmayos,
Horrenda conmocion al circo enluta;
Vuelve el circo los ojos, evitando
Ver allí encarnizada la bravura

Del monstruo fiero destrozando al hombre
Con sus cuernos, sus dientes y pezuñas,
La sangre derramada por la arena,
Rotos sus miembros en la riza cruda.

Corren despavoridos los toreros;
Mal grado de su ardor, ver les asusta
Al víctima infeliz, y al fiero bruto
Que lo lanza, sacude y lo columpia.

Pálida está la víctima, y vocea
Amparo demandando con voz mustia,
Cual náufrago infeliz que entre las ondas
Con los empeños de la muerte lucha.

¿Qué hace en la arena Montes? ¿no se atreve
A dar al infortunio pronta ayuda?
Triunfará de la muerte: al acuitado
« Ten valor, ten valor » solo pronuncia.

Está esperando Montes que del toro
Las piernas y pujanza se destruyan:
Es llegada ocasion, corre á la bestia,
Al siniestro costado se sitúa,

Y con su diestra de la izquierda mano,
Recatándose coge la pezuña:
Quiere darse á correr, fáltale el remo
Y el cornigero bruto cae de bruzas;

Con la mano siniestra al punto Montes
Le sujeta un piton, y aunque la furia
Muge y quiere acornear, el acuitado
Se zafa limpiamente de las puntas.

Montes suelta la fiera; se levanta,
Lánzase contra Montes; pero él hurta
Graciosamente el cuerpo, y la desarma,
Y de su encono y su braveza triunfa.

Gran parte del concurso ha inspeccionado
El feliz desenlace; ya la angustia
A templarse comienza, y ya la sangre
Tiñe las caras con sus tintas rubias.

Tal como quien cercado en trecho angosto
De atmósfera mefítica é impura,
Próximo ya á asfixiarse, de repente
Abrirse vé una puerta, y corre, y busca

El aire libre, y un respiro lanza,
Y por grados templándose su angustia,
A su curso normal la sangre torna,
Y empieza á disfrutar calma segura.

Ha calmado el terror; vivas y bravos
Los vientos llenan, y á la alegre bulla
Mézclanse desterrando los temores,
Los dulces sonos de estruendosa música.

El critico contraste que há un momento
Vió con horror la consternada turba,
Fué la esencia, fué el alma de los lances,
De la fiesta el orgasmo fué sin duda.

Este horrendo conflicto ha satisfecho
Del hombre la frenética locura.
Tal es del hombre el genio que en sus dias
De existencia monótona y adusta,

Huyendo de su hastío, busca anhelante
Sensaciones contrarias y profundas:
Escenas que sofoquen su delirio,
Desatando á su vez con fuerza súbita

Relámpagos de eléctricas pasiones
Que en su sangre se inflamen y sacudan:
Ver apetece el hombre entre peligros
El triunfo vacilante en árdua pugna,

Ver la vida arrollada por la muerte,
Ver que la vida de la muerte triunfa;
Aunque lance alaridos espantosos,
Aunque sus ojos de terror se cubran,

Rompan su corazon fuertes latidos,
Arda la sangre, y á torrentes suba
Al cerebro volcánico, y el alma
A la fuerza del vértigo sucumba.

Tales cuadros buscó la sábia Grecia;
Tales cuadros buscaba Roma culta;
Los buscó el mundo entero, y tales cuadros
En nuestra lid la concurrencia busca.

Aun aturden los gritos y palmadas
Absorbiendo el estruendo de la música ;
Se agitan las umbrelas de colores ,
Pareciendo que un pláceme susurran ;

Alientan los mancebos, las hermosas
Aun la helada sudor yertas enjugan ;
Y el triunfo en derredor celebra el viento ,
Ondeando pabellones, y orladuras.

En medio de aquel ruido remezclado,
De tanta confusion y barahunda,
Del guerrero clarin la voz sonora
Que vá á morir la bestia al pueblo anuncia.

A su mágica voz súbito Montes
Se arma, y la inquieta y anhelante turba
Le vá siguiendo con avaros ojos.
Ya parte el lidiador, vá en derechura

Abajo del balcon del Presidente :
Se descubre, y con garbo y apostura
Brinda por su Merced y compañía
Y la gente que está en la plaza junta.

Tira la monterilla y al instante
Del inmenso anfiteatro el centro ocupa
En gentil ademan, lleva en su diestra
La mortífera espada, y con la zurda.

Ligero pabellon de ondeante grana
Con gracia mueve, y á la bestia insulta.
¿Fracasará la suerte? muchas bellas
Sus rostros cadavéricos ocultan,

Y si otras han valor, sube á sus frentes
De sangre un velo que su vista anubla.
Conmuévase la plaza, y de repente,
Cual si de inquieta y anhelante angustia

Cayera en un vahido, ofrece el cuadro
Hondo silencio, espectacion profunda.
En medio del terror tranquilo Montes
Ostenta en su valor y audacia suma

Inmoble planta, imperturbable frente,
Por mas que el topador soberbio muja:
El topador que estraña el nuevo objeto
De bermeja color que le deslumbra,

Emprende la postrera tentativa
Por si logra arrollarle entre sus puntas:
Una, dos y tres veces ciego embiste,
Y otras tantas su encono Montes burla:

Mas por última vez ya le provoca,
Y la fiera acomete furibunda:
Topa en la grana la bicorne frente,
Ancha humillando la cerviz carnuda,

Y el ágil lidiador que para el lance
Tiene aprestada la irremisa punta,
Hunde con fuerza el penetrante acero:
Rompe en aplausos la atronante turba,

Y envuelto entre la grita estrepitosa,
Un « *bravo, bravo!* » sin cesar retumba.
El bruto en tanto al mirador presagia
La pronta muerte con sus toses bruscas:

Hierve la herida, su vigor fallece,
Vaga vertiendo enrojecida espuma,
Vacilan sus puntales, y en la tierra
Cual un monte de carne se derrumba.

Truena y retruena la agitada plebe,
Viendo postrada la impotente furia,
Y aniquilada viendo su existencia
Al golpe crudo de *puntilla* aguda.

Resaltan entre tanto nuevas voces
Gritando con afán (demanda justa)
Que Montes mató bien, y que la fiera,
Que á sus plantas cayó, debe ser suya.

Basta lo pida el pueblo: atisba el pueblo
A do está el Presidente, quien undula
Un pañuelo de nieve; recio estruendo
Dispárase de nuevo: con soltura

Montes á esta señal, cercase al toro
A hacer la ceremonia que ellos usan:
La oreja ha cercenado el puntillero;
Al lidiador la entrega; este con mucha

Gracia y donaire el galardón acepta;
Al centro vuela con sin par garbura,
A las altas le arroja, y dando gracias
Afable al pueblo premiado saluda;

Y palmas veinte mil y diez mil lenguas
Universal aplauso le tributan.
—Se hunde en rumor la entusiasmada plebe,
Y agudo retinir al aire zumba

De recias campanillas que pendientes
Traen á la plaza las garbosas mulas,
Ufanas agitando sus penachos,
Borlas y flucos de color confusa.

Dan una vuelta al circo, y arrastrando
La palpitante víctima, en la ruta
Cual ráfaga voluble el polvo se alza,
Que el viento esparce y por el viento fuga.

Tregua dan á la lid los cuadrilleros;
Vánse á la palanquera, se desudan,
Y los ojos del circo descansando,
Un sonoro murmullo al pueblo ocupa.

Tal cual lance en privado se celebra;
Otra vez y otra vez vuelven las mulas
Corriendo mas fogosas, y la plaza
Despejan de cadáveres. Procuran

Los ágiles sirvientes con arena
Las manchas encubrir de sangre oscura,
Y todo está aprestado, y todo aguarda
Que apellide el clarín á nueva pugna.

Los lances detallar que el campo ofrece
A siete toros, el pincel rehusa;
Tras tan ímprobo afan, viéranse al cabo
Desmayadas, monótonas pinturas.

Satisface decir que han sucumbido
Siete *protagonistas* en la lucha,
Resultando ademas los varios lances
Que en la arena taurómaca resultan:

Encuentros, y regates, y carreras,
Buenas varas, y pifias y fracturas;
Secos ayes en golpes azarosos,
En otros golpes sibilantes zumbas;

Undularios pañuelos, altos ruidos
Que se apagan, recrecen y atenúan,
Y en victorias de ardid, triunfos de arrojo,
Bravos, palmadas y tronante música.

El público ha quedado satisfecho:
Fué el ganado bravío que gasta nunca
Banderillas de fuego tronadoras,
Fieros alanos, ni tajantes curvas.

Aquel ardor empero de la plebe,
Que marcha con la lid, bien poco dura;
A la par que los toros se placean
Hacen que el entusiasmo se destruya.

El segundo, tercero y aun el cuarto
Mira sin parpadear la zona inculta;
Aun grita; pero al quinto las catervas
Muéstranse indiferentes, taciturnas.

El sexto sale á plaza, casi hastía
Tan prolija funcion; aun mas se amustía
El vago afan del veleidoso pueblo,
Y allá en los palcos el hastío se endulza

Con lujosas petacas que tejieron
Mostaza y pita con labor menuda,
Haciendo igual papel en los tendidos
Fósforos de carton, bolsas de lutra.

El aparato espléndido del circo
De todo su aliciente se desnuda;
Se entibia el frenesí de los contrastes,
La eléctrica pasion se desvirtua.

Vá perdiendo terreno el espectáculo;
Por grados vá muriendo, sin que influya
A sostener del pueblo el entusiasmo
El golpe aturdidor de aislada música.

Ya el sol se ha hundido; de la tarde el resto
Sus débiles crepúsculos alumbran,
Y de algun pajarillo remontado
Solo ya con su luz dora las plumas.

Y en la cansada lid no ocurre un lance
De gran peligro y triunfo, y aunque ocurra,
La agria y roncosa voz de algun beodo
Lo celebra tan solo, y cuando alguna

Suerte de ver que la atencion despierta
Termina con azar, solo la obtusa
Chanza, y sucio apodar deja escucharse
De un degollante rezagado escurra.

En medio de aquel lánguido silencio
A que se entrega rumorosa turba,
Ora una carcajada se desprende,
Ora un silbo agudísimo se escucha.

Ha muerto el loco afan; ya advierte el pueblo
Que es bárbara, violenta su estrechura,
Que respira vapor impuro y seco,
Que está sentado sobre tablas duras.

¡Infeliz condicion! ¡Triste inconstancia
De las cosas del mundo! Aquella turba
Que con los ojos devoró los lances,
Ahora aparta los ojos de la lucha.

Tales son los placeres de esta vida:
El hombre imbécil en su afán los busca;
Y apenas devorados los objetos
Que halagan su pasión y su locura,

En su triste verdad se le presentan
Sin brillo, sin encantos ni hermosura,
Y matan la ilusión de sus sentidos,
E inquietan la hastiedad del alma mustia.

Ya no se habla de casos del toreo;
Damas y caballeros confabulan,
Y asuntos más sabrosos ensartando,
La conclusión insípida dulzuran.

Y este mira el reloj; aquí una hermosa
El schal, el bucecillo se asegura;
Allá con un gracioso gestecillo
Otra reclava la temblante aguja.

Y este bosteza aquí; por allá otro
El cabello escarmenta con las uñas;
Otro coge el sombrero, y con la manga
Le sienta el pelo, y lo suaviza y lustra:

Signos de conclusion ; síntomas ciertos
De querer escapar ; la fiera última
Está en el anfiteatro para en breve
Morir á manos de caterva adulta.

Casi no hay lidiadores en la arena ;
Cien y cien mozos de la plebe inculta
Invaden el palenque , y de mil modos
La mansedumbre de la fiera injurian :

Este le tiende desgarrada capa ;
Con un repullo ó dos otro le punza ;
Un gajo de melon le arroja un chico ;
Otro sobre la valla arma la puya.

- Todo marca la fin : grupos aislados
Los altos miradores desocupan ,
Y chillan los mozuelos ya mirando
Herido el toro de estocada cruda.

Suelta un luengo quejido el miserable ;
Su aliento postrimero ya se apura ,
Y póstrase por tierra : algunos chicos
Aprestados á huir allí columbran

Por entre piernas de otros á la bestia,
Que segun quiere alzarse moribunda,
O segun quieta está, ya se derraman,
Ya se apiñan á un centro y la circundan.

La puntilla ha finado su existencia:
Le asaltan los pilluelos y conculcan,
Y ponen cima á tan cruel estrago
Metiendo ruido las veloces mulas.

La vasta escalinata ora fermenta:
Las gentes se dirigen y se agrupan
A entrambas puertas, á sufrir de nuevo
Antiguos apretones y angosturas.

Y aunque todos pretenden la salida,
No falta algun labriego que se encumbra
A un palco, y se arrellana ponderando
El buen golpe de vista que disfrutan

Los que ven desde allí lidia y concurso;
Mientras otro que estuvo al sol y aun suda,
La grata sombra al despedir, « *la fiesta*
Ahora debia empezar » quedo susurra.

Vá quedando desierta la ancha plaza;
Las masas rotas la ciudad inundan,
A la paz entregadas y al descanso;
Que por dos tardes mas las fiestas duran,

Y es fuerza concurrir, pues el carácter
De la gente española nadie duda
Que es festivo, sociable, y son su centro
Funciones, huelga, profusion y bulla.



CAPITULO DECIMO

Edificios y obras de fortificación.

San Carlos	150
Torre de Serrano	151
Torre de Coloma	152
Escuela militar	153
Presidio castrense	154

CAPITULO UNDICESIMO

Punto 2.º de la Ley de 1877

Casa de la Real Audiencia	155
Casa de la Real Academia de Ciencias	156
Academia de Bellas Artes de San Fernando	157
Real Academia de Ciencias Exactas y Físicas	158
Real Academia de Ciencias Morales y Políticas	159
Real Academia de Ciencias de San Carlos	160
Real Academia de Ciencias de San Juan	161
Real Academia de Ciencias de San Felipe	162
Real Academia de Ciencias de San Isidro	163
Real Academia de Ciencias de San Jerónimo	164
Real Academia de Ciencias de San Mateo	165
Real Academia de Ciencias de San Pablo	166
Real Academia de Ciencias de San Sebastián	167
Real Academia de Ciencias de San Vicente	168
Real Academia de Ciencias de San Andrés	169
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Rios	170
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	171
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	172
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	173
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	174
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	175
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	176
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	177
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	178
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	179
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	180
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	181
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	182
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	183
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	184
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	185
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	186
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	187
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	188
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	189
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	190
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	191
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	192
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	193
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	194
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	195
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	196
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	197
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	198
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	199
Real Academia de Ciencias de San Juan de los Baños	200

Huyendo de su hastío, busca anhelante
Sensaciones contrarias y profundas:
Escenas que sofoquen su delirio,
Desatando á su vez con fuerza súbita

Relámpagos de eléctricas pasiones
Que en su sangre se inflamen y sacudan:
Ver apetece el hombre entre peligros
El triunfo vacilante en árdua pugna,

Ver la vida arrollada por la muerte,
Ver que la vida de la muerte triunfa;
Aunque lance alaridos espantosos,
Aunque sus ojos de terror se cubran,

Rompan su corazon fuertes latidos,
Arda la sangre, y á torrentes suba
Al cerebro volcánico, y el alma
A la fuerza del vértigo sucumba.

Tales cuadros buscó la sábia Grecia;
Tales cuadros buscaba Roma culta;
Los buscó el mundo entero, y tales cuadros
En nuestra lid la concurrencia busca.